



Elizabeth Gaskell

La Mujer Gris

**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LA MUJER GRIS**

**ELIZABETH GASKELL**

**PUBLICADO: 1861  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# LA MUJER GRIS

## PRIMERA PARTE

Hay un molino a orillas del Neckar al que mucha gente acude a tomar café, según la costumbre casi nacional en Alemania. No tiene nada de particularmente atractivo en cuanto a situación: se halla en el lado de Mannheim —el llano y poco romántico— de Heidelberg. El río hace girar la rueda del molino con un sonoro y abundante rumor; las dependencias y la vivienda del molinero forman un cuadrado bien cuidado y polvoriento. Un poco más lejos del río hay un jardín lleno de sauces, cenadores y arriates no muy bien conservados, aunque muy pródigos en flores y enredaderas exuberantes que se enlazan y se entretajan en torno a los emparrados. En cada uno de estos cenadores hay una mesa fija de madera pintada de blanco y sillas ligeras y movibles del mismo color y material.

Fui a tomar café allí con unos amigos en 184—. El anciano y majestuoso molinero salió a recibirnos, pues algunos de los presentes lo conocían de antes. Era un hombre de complexión imponente, y su voz fuerte y musical, con ese tono cordial y familiar, su carcajada de bienvenida, armonizaban bien con la mirada viva e inteligente, el fino paño de su levita y el aspecto general de prosperidad que emanaba del lugar. Las aves de corral abundaban en el patio del molino, donde el suelo estaba sembrado de alimento en

abundancia; pero no conforme con eso, el molinero sacaba puñados de grano de los sacos y los lanzaba generosamente a los gallos y gallinas que corrían casi bajo sus pies en su afán. Y mientras lo hacía, como por costumbre, nos hablaba a nosotros, y de cuando en cuando llamaba a su hija y a las criadas para que se dieran prisa con el café que habíamos pedido. Nos acompañó hasta un cenador y se aseguró de que nos sirvieran a su entera satisfacción con lo mejor que pudiéramos desear; luego se fue a recorrer los distintos cenadores para comprobar que cada grupo estuviera debidamente atendido; y mientras caminaba, aquel hombre grande, próspero y de semblante dichoso silbaba suavemente uno de los aires más melancólicos que jamás he escuchado.

— Su familia lleva siglos en este molino, desde los tiempos del antiguo Palatinado; o más bien debería decir que poseen el terreno desde entonces, pues dos de sus molinos anteriores fueron incendiados por los franceses. Si quiere ver a Scherer fuera de sí, no tiene más que hablarle de la posibilidad de una invasión francesa.

Pero en ese momento, silbando aún su triste melodía, vimos al molinero bajar los escalones que llevaban desde el jardín, algo elevado, hasta el patio del molino; y así perdí la ocasión de hacerle perder los estribos.

Casi habíamos terminado el café, el Kuchen y la torta de canela cuando gruesas gotas comenzaron a caer sobre nuestra espesa techumbre de hojas; más y más rápidas, abriéndose paso entre las tiernas hojas como si las desgarraran; toda la gente del jardín se apresuraba a buscar cobijo o corría hacia sus carruajes, aparcados fuera. El molinero subió a toda prisa los escalones, con un enorme paraguas carmesí capaz de cobijar a todos cuantos quedaban en el jardín, seguido de su hija y de una o dos criadas, cada una con su paraguas.

— Entren en casa, entren, se lo digo. Es una tormenta de verano, inundará el lugar durante una hora o dos, hasta que el río se la lleve. Aquí, aquí.

Y le seguimos hasta el interior de su casa. Entramos primero en la cocina. Jamás había visto semejante despliegue de utensilios de cobre y estaño relucientes; y todos los objetos de madera estaban igualmente restregados a conciencia. El suelo de baldosas rojas era immaculado cuando entramos, pero en dos minutos quedó anegado de barro y suciedad bajo el paso de tantos pies; pues la cocina se fue llenando, y el buen molinero seguía trayendo

más gente bajo su enorme paraguas carmesí. Incluso llamó a los perros y los hizo tumbarse bajo las mesas.

Su hija le dijo algo en alemán, y él le respondió con una sacudida alegre de cabeza. Todo el mundo rió.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

—Que metiera también a los patos; pero de verdad que si viene más gente nos asfixiamos. Entre el tiempo bochornoso, la estufa y toda esta ropa chorreando, creo que debemos pedir permiso para pasar adentro. Tal vez podríamos entrar a visitar a la señora Scherer.

Mi amiga pidió a la hija de la casa permiso para pasar a una habitación interior a ver a su madre. Nos lo concedieron y entramos en una especie de salita con vistas al Neckar; muy pequeña, muy luminosa y muy sofocante. El suelo resbaladizo de tanto pulido; largos y estrechos trozos de espejo en las paredes reflejaban el movimiento perpetuo del río frente a ellas; una estufa de porcelana blanca con algunos adornos de latón de corte anticuado; un sofá tapizado en terciopelo de Utrecht, con una mesita delante y un trozo de alfombra de lana a sus pies; un jarrón de flores artificiales; y, por último, un alcoba con una cama en la que yacía la esposa paralítica del buen molinero, haciendo punto con diligencia: he aquí el mobiliario. Escribo como si eso fuera todo lo que había en la habitación; pero, sentada en silencio mientras mi amiga mantenía una animada conversación en una lengua que yo apenas entendía a medias, mi mirada fue atraída por un cuadro en un rincón oscuro de la sala, y me levanté para examinarlo de cerca.

Era el retrato de una joven de extraordinaria belleza; perteneciente, a todas luces, a la clase media. Había en su rostro una refinada sensibilidad, como si casi se encogiese ante la mirada que el pintor, necesariamente, debía haberle clavado. No estaba excesivamente bien pintado, pero tuve la certeza de que debía de ser un gran parecido, por esa fuerte impresión de carácter peculiar que he intentado describir. Por el vestido, calculé que habría sido pintado en la segunda mitad del siglo pasado. Y después supe que estaba en lo cierto.

Se produjo una breve pausa en la conversación.

—¿Podría preguntarle a la señora Scherer quién es?

Mi amiga repitió mi pregunta y recibió una larga respuesta en alemán. Luego se volvió hacia mí y me la tradujo.

—Es el retrato de una tía abuela del marido. —Mi amiga estaba de pie junto a mí, mirando el cuadro con curiosidad solidaria.— ¡Mira! Aquí está el nombre en la página abierta de esta Biblia: «Anna Scherer, 1778». La señora Scherer dice que hay una tradición en la familia según la cual esta bella joven, de tez de lirios y rosas, perdió por completo el color a causa de un susto, hasta el punto de que todos la conocían como la Mujer Gris. Habla como si esta Anna Scherer hubiera vivido en un estado de terror perpetuo. Pero no conoce los detalles; me remite a su marido para eso. Cree que él guarda unos papeles escritos por la propia retratada para su hija, que murió en esta misma casa no mucho después de que se casara nuestro amigo. Podemos pedirle al señor Scherer que nos cuente la historia entera, si le apetece.

—¡Oh, sí, por favor! —dije.

Y como en ese momento entró nuestro anfitrión a preguntar cómo estábamos y a comunicarnos que había enviado a buscar carruajes a Heidelberg para llevarnos a casa, viendo que no había esperanza de que amainara la lluvia torrencial, mi amiga, tras agradecerse, le trasladó mi petición.

—¡Ah! —dijo él, con el semblante ensombrecido—, la tía Anna tuvo una historia muy triste. Todo fue por culpa de uno de esos malditos franceses; y su hija lo pagó también: la prima Úrsula, como la llamábamos todos cuando yo era niño. Claro que la buena prima Úrsula era también hija suya. Las culpas de los padres recaen sobre los hijos. ¿Que la señora quiere saberlo todo? Bien, hay unos papeles, una especie de confesión que la tía Anna escribió para poner fin al compromiso de su hija, o más bien unos hechos que reveló y que impidieron a la prima Úrsula casarse con el hombre al que amaba; y así nunca quiso a ningún otro buen partido, aunque he oído decir que mi padre habría dado gracias al cielo de hacerla su esposa. —Todo este tiempo estuvo revolviendo en el cajón de un escritorio de corte antiguo, y entonces se volvió con un fajo de manuscritos amarillentos en la mano, que entregó a mi amiga diciéndole—: Lléveselo, lléveselo, y si le apetece descifrar nuestra apretada letra alemana, puede quedárselo todo el tiempo que quiera y leerlo con calma. Solo que tendrá que devolvérmelo cuando haya terminado, eso sí.

Y así llegamos a poseer el manuscrito de la carta siguiente, cuya traducción fue nuestra ocupación durante muchas y largas veladas de aquel invierno, abreviándola en algunos pasajes. La carta comenzaba con alusiones al dolor que ella misma había infligido ya a su hija con una oposición, no explicada, a un proyecto de matrimonio; pero dudo que, sin la pista que nos había facilitado el buen molinero, hubiéramos podido entender ni eso de las apasionadas y entrecortadas frases que nos hicieron imaginar que alguna escena entre la madre y la hija —y quizás una tercera persona— había tenido lugar justo antes de que la madre se pusiera a escribir.

---

«¡No quieres a tu hija, madre! ¡No te importa que se le parta el corazón!»  
¡Dios mío! Y estas palabras de mi amadísima Úrsula resuenan en mis oídos como si su eco fuera a llenarlos cuando me esté muriendo. Y su pobre rostro surcado de lágrimas se interpone entre mí y todo lo demás. ¡Hija mía! Los corazones no se parten; la vida es muy tenaz además de muy terrible. Pero no decidiré por ti. Te lo contaré todo; y tú cargarás con el peso de la elección. Puede que me equivoque; poco juicio me queda, y creo que nunca tuve mucho; pero un instinto me sirve de razón, y ese instinto me dice que tú y tu Henri no debéis casaros jamás. Sin embargo, puede que esté en un error. Quisiera hacer feliz a mi hija. Muestra estos papeles al buen párroco de Schriesheim si, después de leerlos, te asaltan dudas que te hagan vacilar. Solo te pido que los leas ahora, con la condición de que jamás cruce entre nosotras ninguna palabra hablada sobre el asunto. Las preguntas me matarían. Tendría que volver a verlo todo presente.

Mi padre poseía, como bien sabes, el molino del Neckar, donde vive ahora tu recién encontrado tío, Scherer. Aún recuerdas la sorpresa con que nos recibieron allá la última vendimia. Cómo tu tío dudaba de mí cuando dije que era su hermana Anna, a quien hacía tiempo daba por muerta, y cómo tuve que llevarte bajo el retrato pintado de mí hace tanto tiempo y señalarte, rasgo a rasgo, el parecido entre él y tú; y cómo, al hablar, fui recordando primero en mi propia mente, y luego con mis palabras en la suya, los detalles de aquella época en que fue pintado; las palabras alegres que cruzamos entonces, un chico y una chica felices; la disposición de los muebles en la habitación; las costumbres de nuestro padre; el cerezo, ya talado, que daba sombra a la ventana de mi dormitorio, por la que mi hermano solía

encaramarse para saltar a la rama más alta que soportara su peso; y desde allí me tendía de vuelta su gorra cargada de fruta hasta donde yo me sentaba en el alféizar, demasiado aterrada por él para tener muchas ganas de comer las cerezas.

Y al fin Fritz cedió y creyó que yo era su hermana Anna, como si hubiera resucitado de entre los muertos. Y recuerdas cómo fue a buscar a su esposa y le dijo que yo no había muerto, sino que había vuelto al hogar de siempre, cambiada como estaba. Y ella apenas quería creerle, y me escrutaba con ojos fríos y desconfiados, hasta que al fin —pues la conocía de antes como Babette Müller— le dije que me bastaba con lo que tenía y que no buscaba amigos por lo que pudieran darme. Y entonces preguntó —no a mí, sino a su marido— por qué había guardado silencio tanto tiempo, llevando a todos —al padre, al hermano, a todos los que me querían en mi querido hogar— a creerme muerta. Y entonces tu tío —¿lo recuerdas?— dijo que no le importaba saber más de lo que yo quisiera contar; que yo era su Anna, hallada de nuevo, destinada a ser una bendición para él en su vejez, como lo había sido en su infancia. Le agradecí en el alma su confianza; pues aunque la necesidad de contarle todo no fuera tan imperiosa como me parece ahora, no podría hablar de mi vida pasada. Pero ella, que seguía siendo mi cuñada, retuvo su bienvenida, y, a falta de ella, no me fui a vivir a Heidelberg como había planeado de antemano para estar cerca de mi hermano Fritz, sino que me contenté con su promesa de ser un padre para mi Úrsula cuando yo muriera y dejara este mundo fatigoso.

Esa Babette Müller fue, por así decirlo, la causa de todos los sufrimientos de mi vida. Era hija de un panadero de Heidelberg, a quien todos tenían por una gran belleza y que, en efecto, yo misma podía ver que lo era. Yo también —ya viste mi retrato— pasaba por una belleza, y creo que lo era. Babette Müller me consideraba una rival. Le gustaba ser admirada, y no tenía a nadie que la quisiera demasiado. Yo, en cambio, tenía a varias personas que me querían: tu abuelo, Fritz, la vieja criada Kätchen, Karl, el aprendiz mayor del molino; y yo rehuía la admiración y la atención, y el que me señalaran como la «Schöne Müllerin» siempre que iba de compras a Heidelberg.

Fueron días dichosos y tranquilos. Tenía a Kätchen para ayudarme en las faenas de la casa, y todo cuanto hacíamos le parecía bien a mi valiente y viejo padre, que era siempre gentil e indulgente con nosotras las mujeres,

aunque con los aprendices del molino era bastante severo. Karl, el mayor de ellos, era su favorito; y ahora veo con claridad que mi padre deseaba que se casara conmigo, y que el propio Karl también lo deseaba. Pero Karl era brusco de palabra y colérico —no conmigo, sino con los demás—, y yo le evitaba de una manera que, me temo, le causaba pena. Y entonces llegó la boda del tío Fritz, y Babette vino al molino para ser su señora. No es que a mí me importara mucho renunciar a mi puesto, pues, a pesar de la gran bondad de mi padre, siempre tuve el temor de no administrar bien una familia tan numerosa —con los operarios y una muchacha bajo las órdenes de Kätchen, éramos once los que nos sentábamos a cenar cada noche—. Pero cuando Babette empezó a encontrar faltas en Kätchen, me apesadumbraba la culpa que recaía sobre una criada fiel; y poco a poco empecé a darme cuenta de que Babette estaba azuzando a Karl para que me hiciera la corte de manera más abierta y, según dijo ella una vez, para acabar de una vez y llevarme a una casa propia. Mi padre se iba haciendo viejo y no se percataba de toda mi incomodidad cotidiana. Cuanto más insistía Karl, más me disgustaba. En el fondo era buena persona, pero yo no tenía ningún deseo de casarme y no podía soportar a quien me hablara de ello.

Así estaban las cosas cuando recibí una invitación para ir a Carlsruhe a visitar a una compañera de colegio a quien había querido mucho. Babette estaba totalmente a favor de que fuera; no creo que yo tuviera muchas ganas de dejar casa, y sin embargo había querido mucho a Sophie Rupprecht. Pero siempre me sentía cohibida entre extraños. De algún modo el asunto se zanjó sin contar conmigo, aunque no antes de que tanto Fritz como mi padre hubieran pedido informes sobre el carácter y la posición de los Rupprecht. Se enteraron de que el padre había ocupado algún puesto de rango inferior en la corte del Gran Duque y que había fallecido, dejando a una señora viuda de noble cuna y a dos hijas, la mayor de las cuales era Sophie, mi amiga. La señora Rupprecht no era rica, pero era más que respetable: era una dama distinguida. Una vez comprobado esto, mi padre no se opuso a mi viaje; Babette lo facilitó por todos los medios a su alcance, e incluso mi querido Fritz tuvo algo que decir a su favor. Solo Kätchen estaba en contra, Kätchen y Karl. La oposición de Karl fue lo que más me animó a ir a Carlsruhe. Pues yo podría haber puesto objeciones a la partida; pero cuando se tomó la libertad de preguntar para qué servía andar de acá para allá visitando a desconocidos de quienes nadie sabía nada, cedí a las circunstancias: al tirón de Sophie y al empujón de Babette. Recuerdo que me molestó en silencio que

Babette inspeccionara mi ropa; la manera en que decidía que este vestido era demasiado pasado de moda, o aquél demasiado ordinario, para ir a visitar a una dama noble; y el modo en que se tomó la libertad de gastar el dinero que mi padre me había dado para comprar lo necesario para la ocasión. Y sin embargo me reprochaba a mí misma ese disgusto, pues todos los demás pensaban que era muy amable de su parte hacer todo aquello; y en el fondo ella también lo hacía con buena intención.

Por fin abandoné el molino a orillas del Neckar. Era un día largo de viaje, y Fritz me acompañó a Carlsruhe. Los Rupprecht vivían en el tercer piso de una casa situada un poco detrás de una de las calles principales, en un patio angosto al que se accedía por un portal en la calle. Recuerdo el aspecto encogido de sus habitaciones comparado con el amplio espacio que teníamos en el molino; y sin embargo tenían cierto aire de distinción que era nuevo para mí y que me agradó, aunque en parte estuviera algo deslucido. La señora Rupprecht era demasiado ceremonial para mi gusto; nunca estuve del todo a gusto con ella; pero Sophie era tal como la recordaba del colegio: amable, cariñosa, y sólo con una tendencia quizás excesiva a las expresiones de admiración y afecto. La hermana pequeña se mantenía apartada de nosotras; y eso era todo lo que necesitábamos, en el primer entusiasmo de renovar aquella amistad temprana. El gran objetivo de la vida de la señora Rupprecht era conservar su posición en sociedad; y como sus medios se habían reducido mucho desde la muerte de su marido, había poco confort, aunque mucho aparato, en su modo de vivir; justo lo contrario de lo que ocurría en casa de mi padre. Creo que mi llegada no era del todo bien recibida por la señora Rupprecht, pues era una boca más que alimentar; pero Sophie había pasado más de un año suplicando que la invitaran, y su madre, una vez concedido el permiso, era demasiado educada para no dispensarme una acogida solemne.

La vida en Carlsruhe era muy distinta de la de casa. Las horas eran más tardías, el café de por la mañana más aguado, el potaje más aguado, la carne cocida menos variada con otros alimentos, los vestidos más elegantes, las veladas sociales constantes. Esas visitas no me resultaban agradables. No estaba permitido hacer punto, lo que habría aliviado un poco el tedio; nos sentábamos en corro, conversando, interrumpidas tan solo de vez en cuando por algún caballero que, desprendiéndose del grupo de hombres que charlaban con animación junto a la puerta, cruzaba la sala de puntillas, el som-

brero bajo el brazo, y juntando los pies en la posición que en la escuela de baile llamábamos la primera, hacía una profunda reverencia a la dama a quien se dirigía. La primera vez que vi esas maneras no pude evitar una sonrisa; pero la señora Rupprecht me vio, y a la mañana siguiente me habló con bastante severidad, diciéndome que, claro, con mi educación campestre nunca habría tenido ocasión de ver los modales de corte, ni las costumbres francesas, pero que eso no era razón para reírse de ellos. Desde entonces procuré no volver a sonreír en sociedad. Esta visita a Carlsruhe tuvo lugar en el 89, cuando todo el mundo hablaba de los acontecimientos que se estaban viviendo en París; y sin embargo en Carlsruhe se hablaba más de las modas francesas que de la política francesa. La señora Rupprecht, en particular, tenía en grandísima estima a todos los franceses. Y eso también era muy distinto de lo que ocurría en casa. Fritz apenas podía oír el nombre de un francés; y casi había sido un obstáculo para mi visita a Sophie el hecho de que su madre prefiriera que la llamaran Madame antes que su título propio de Frau .

Una noche estaba yo sentada junto a Sophie, deseando que llegara la hora de la cena y de volver a casa para poder hablar a nuestras anchas, pues las normas de etiqueta de la señora Rupprecht prohibían estrictamente toda conversación que no fuera la más indispensable entre miembros de la misma familia cuando se estaba en sociedad. Estaba sentada, digo, reprimiendo a duras penas las ganas de bostezar, cuando entraron dos caballeros, uno de los cuales era evidentemente un forastero para todos los presentes, a juzgar por la manera formal en que el anfitrión lo fue guiando y presentando a la anfitriona. Pensé que jamás había visto a nadie tan apuesto ni tan elegante. El cabello empolvado, naturalmente, pero se adivinaba por su tez que en su estado natural era rubio. Sus facciones eran tan delicadas como las de una muchacha, y realzadas por dos pequeños «mouches», que así llamábamos entonces a los lunares postizos, uno en el ángulo izquierdo de la boca y el otro prolongando, por así decirlo, el ojo derecho. Su traje era azul y plata. Tan absorta estaba en la contemplación de aquel apuesto joven que me sobresalté como si el arcángel Gabriel me hubiera hablado cuando la dueña de la casa lo trajo hasta mí para presentármelo. Se llamaba monsieur de la Tourelle, y empezó a hablarme en francés; pero aunque le entendía perfectamente, no me atreví a responderle en esa lengua. Entonces probó en alemán, hablándolo con una especie de suave ceceo que me pareció encantador. Sin embargo, antes de que terminara la velada, empecé a cansarme un poco de

la afectada suavidad y afeminamiento de sus modales y de los exagerados cumplidos que me hacía, que tenían el efecto de hacer volverse a todos los presentes para mirarme. La señora Rupprecht, en cambio, encontraba muy de su agrado precisamente lo que a mí me disgustaba. Le gustaba que Sophie o yo causáramos sensación; naturalmente, habría preferido que fuera su hija, pero la amiga de su hija era lo siguiente. Al marcharnos, oí a la señora Rupprecht y a monsieur de la Tourelle intercambiarse cumplidos con tesón, y de ello deduje que el caballero francés vendría a visitarnos al día siguiente. No sabría decir si me sentí más contenta que asustada, pues me habían tenido en vilo de buenas maneras toda la noche. Pero me halagó que la señora Rupprecht hablara como si lo hubiera invitado ella porque él había mostrado placer en mi compañía, y me gratificó aún más el sincero regocijo de Sophie ante el interés evidente que yo había despertado en un caballero tan distinguido y agradable. Con todo, se las vieron y desearon para impedir que saliera corriendo del salón al día siguiente, cuando oímos su voz preguntando en el portal de la escalera por la señora Rupprecht. Me habían puesto el vestido de los domingos, y ellas mismas estaban vestidas como para una recepción.

Cuando se hubo marchado, la señora Rupprecht me felicitó por la conquista que había hecho; pues, en efecto, apenas había prestado atención a nadie más que a mí, más allá de lo que la simple cortesía exigía, y casi se había invitado él mismo a venir por la tarde trayendo una nueva canción que estaba de gran moda en París, según dijo. La señora Rupprecht había estado fuera toda la mañana, según me contó, para recabar información sobre monsieur de la Tourelle. Era propietario, tenía un pequeño château en los Vosgos; poseía tierras allí, pero contaba con una buena renta procedente de fuentes enteramente independientes de esa propiedad. En conjunto, era un buen partido, como ella recalcó con énfasis. Nunca pareció concebir que yo pudiera rechazarlo después de ese resumen de sus riquezas, ni creo que hubiera consentido que Sophie eligiera libremente, aunque hubiera sido tan viejo y tan feo como era joven y apuesto. No sé con certeza — tantos sucesos han ocurrido desde entonces, nublando la nitidez de mis recuerdos — si le amé o no. Estaba muy entregado a mí; casi me asustaba el exceso de sus demostraciones de amor. Y era muy encantador con todos los que me rodeaban, quienes lo tenían por el más fascinante de los hombres y a mí por la más afortunada de las jóvenes. Y sin embargo nunca me sentí del todo a gusto con él. Siempre me quedaba aliviada cuando sus visitas concluían,

aunque echara de menos su presencia cuando no venía. Prolongó su estancia en casa del amigo con quien se alojaba en Carlsruhe con el único fin de cortejarse. Me colmó de regalos que yo aceptaba de mala gana, aunque la señora Rupprecht parecía tenerme por una mozigata afectada si los rechazaba. Muchos de esos regalos consistían en piezas de joyería antigua y valiosa, pertenecientes evidentemente a su familia; al aceptarlos, redoblé los lazos que iban ciñéndome, obra de las circunstancias tanto como de mi propio consentimiento. En aquellos tiempos no se escribía a los amigos ausentes con la frecuencia de hoy, y yo había sido renuente a mencionarlo en las escasas cartas que escribí a casa. Por fin supe por la señora Rupprecht que ella había escrito a mi padre para anunciarle la espléndida conquista que había realizado y para pedir su presencia en mi compromiso. Me quedé atónita. No había comprendido que los asuntos hubieran llegado tan lejos. Pero cuando ella me preguntó, con tono severo y ofendido, qué había pretendido yo con mi conducta si no era casarme con monsieur de la Tourelle —había recibido sus visitas, sus regalos, todos sus avances sin mostrar repugnancia ni reluctancia alguna— (y todo era cierto; no había mostrado repugnancia, aunque no deseara casarme con él, al menos no tan pronto), ¿qué podía hacer sino bajar la cabeza y consentir en silencio a la rápida enumeración del único camino que me quedaba si no quería que me tuvieran por una coqueta sin corazón el resto de mis días?

Hubo alguna dificultad —que después supe que mi cuñada había allanado— en cuanto a que mi compromiso se celebrara fuera de casa. Mi padre y Fritz, sobre todo, eran partidarios de que volviera al molino, que allí me comprometiera y de allí me casara. Pero los Rupprecht y monsieur de la Tourelle lo urgían con igual empeño desde el lado contrario; y Babette no quería tener el trastorno del revuelo en el molino; y creo también que le disgustaba un poco la idea del contraste entre mi boda más esplendorosa y la suya.

Así que mi padre y Fritz vinieron para el compromiso. Se hospedarían en una posada de Carlsruhe durante quince días, al cabo de los cuales tendría lugar la boda. Monsieur de la Tourelle me dijo que tenía asuntos en casa que le obligarían a estar ausente en el intervalo entre ambos acontecimientos; y yo me alegré mucho, pues no creo que valorara a mi padre y a mi hermano como yo habría deseado. Era muy cortés con ellos; sacó esos modales suaves y grandiosos que había ido dejando un poco de lado conmigo; y nos

dirigió cumplidos a todos, empezando por mi padre y la señora Rupprecht y terminando por la pequeña Alwina. Pero se mofó un poco de las ceremonias eclesiásticas a la antigua que mi padre insistía en mantener; y creo que Fritz debió de tomar alguno de sus cumplidos como sátira, pues vi ciertos indicios en su manera de ser por los que supe que mi futuro marido, con todos sus amables palabras, había irritado y contrariado a mi hermano. Pero todos los arreglos económicos eran generosos en extremo, y satisficieron, casi sorprendieron, a mi padre. Hasta Fritz levantó las cejas y soltó un silbido. Solo yo me mostraba indiferente a todo. Estaba como hechizada, como en un sueño, en una especie de desesperanza. Me había enredado en una trampa por mi propia timidez y debilidad, y no veía modo de salir. Me aferré a mi gente de siempre en aquellos quince días como nunca antes lo había hecho. Sus voces, sus costumbres me resultaban tan agradables y familiares, después de la constricción en que había estado viviendo. Podía hablar y actuar como me viniera en gana sin que la señora Rupprecht me corrigiera ni monsieur de la Tourelle me reprendiera de manera delicada y cumplimentosa. Un día le dije a mi padre que no quería casarme, que prefería volver al querido molino de siempre; pero él pareció sentir ese discurso mío como una deserción tan grave como si hubiera cometido perjurio; como si, después de la ceremonia del compromiso, yo ya no perteneciera a nadie más que a mi futuro marido. Y sin embargo me hizo algunas preguntas solemnes; pero mis respuestas no sirvieron de nada.

«¿Conoces alguna falta o crimen en este hombre que deba impedir que la bendición de Dios repose sobre tu matrimonio con él? ¿Sientes hacia él aversión o repugnancia de algún tipo?»

¿Y qué podía yo responder a todo eso? Solo atiné a balbucear que no creía quererle lo suficiente; y mi pobre y viejo padre no vio en esa reluctancia más que el capricho de una muchacha tonta que no sabía lo que quería, pero que ya había ido demasiado lejos para echarse atrás.

Así pues, nos casamos, en la capilla de la corte, privilegio que la señora Rupprecht había obtenido tras esfuerzos sin cuento, y que debía de tener por garantía de toda la felicidad posible, tanto en el momento como en el recuerdo posterior.

Nos casamos; y tras pasar dos días de festejos en Carlsruhe, entre todos nuestros nuevos y elegantes amigos, me despedí para siempre de mi querido

y viejo padre. Le había rogado a mi marido que me llevara pasando por Heidelberg hasta su viejo castillo en los Vosgos; pero encontré en él una firmeza que no esperaba bajo esa apariencia y esos modales afeminados, y rechazó mi primera petición de forma tan rotunda que no me atreví a insistir. «De ahora en adelante, Anna», dijo, «te moverás en una esfera de vida distinta; y aunque es posible que tengas el poder de favorecer a tus parientes de vez en cuando, el trato frecuente o íntimo será indeseable, y es algo que no puedo permitir.» Después de ese discurso tan formal, casi me dio miedo pedir a mi padre y a Fritz que vinieran a visitarme; pero cuando la agonía de despedirme de ellos venció toda mi prudencia, sí les rogué que vinieran a verme pronto. Pero ellos sacudieron la cabeza y hablaron de los negocios en casa, de los diferentes modos de vida, de que yo era ya una francesa. Solo mi padre, al final, prorrumpió en una bendición y dijo: «Si mi hija es infeliz —Dios no lo quiera—, que recuerde que la casa de su padre siempre le estará abierta.» Estuve a punto de gritar: «¡Llévame contigo ahora, padre mío! ¡Padre!», cuando sentí, más que vi, a mi marido a mi lado. Me miró con un leve gesto de desprecio; y, tomándome de la mano, me alejó entre lágrimas, diciendo que las despedidas breves eran siempre las mejores cuando eran inevitables.

Tardamos dos días en llegar a su castillo en los Vosgos, pues los caminos eran malos y la ruta difícil de encontrar. No pudo mostrarse más atento durante todo el viaje. Parecía como si tratara por todos los medios de compensar la separación que cada hora hacía más patente entre mi vida presente y la pasada. Me daba la impresión de estar despertando solo entonces a la plena comprensión de lo que era el matrimonio, y no debo de haber sido una compañera muy alegre en aquel tedioso camino. Al cabo, los celos de mi nostalgia por mi padre y mi hermano pudieron más que monsieur de la Tourelle, que se disgustó tanto conmigo que creí que el corazón se me partiría de pura desolación. De modo que no fue con ánimo muy sereno como nos aproximamos a Les Rochers, y pensé que quizás era porque yo era tan desdichada por lo que el lugar me resultaba tan sombrío. Por un lado, el castillo parecía un edificio nuevo y sin terminar, levantado apresuradamente para algún fin inmediato, sin árbol ni matorral en los alrededores, solo los restos de la piedra empleada en la construcción, aún sin despejar del entorno inmediato aunque ya las hierbas y los líquenes habían empezado a crecer sobre y entre los montones de escombros; por el otro lado, se alzaban los grandes peñascos que daban nombre al lugar, y adosada a ellos, como si

fuera casi una formación natural, estaba la fortaleza antigua, cuya construcción databa de varios siglos atrás.

No era grande ni suntuosa, pero sí sólida y pintoresca, y muchas veces deseé vivir en ella antes que en los elegantes y a medio amueblar aposentos del edificio nuevo, habilitados apresuradamente para recibirme. Por incongruentes que fueran las dos partes, estaban unidas en un todo por intrincados pasadizos y puertas inesperadas, cuya disposición exacta nunca llegué a comprender del todo. Monsieur de la Tourelle me condujo a una suite de habitaciones reservadas para mí y me instaló en ellas con toda formalidad, como en un dominio del que yo era soberana. Se disculpó por la apresurada preparación que había podido hacer, pero prometió, antes de que yo pidiera nada ni se me pasara por la cabeza quejarme, que todo quedaría tan lujoso como el corazón pudiera desear antes de que pasaran pocas semanas. Pero cuando, en la penumbra de una tarde otoñal, me vi reflejada de cuerpo entero en todos los espejos, que no mostraban sino un fondo misterioso a la débil luz de los numerosos candelabros que no lograban iluminar las grandes proporciones del salón a medio amueblar, me aferré a monsieur de la Tourelle y le rogué que me llevara a las habitaciones que él había ocupado antes de su matrimonio. Él pareció enfadarse conmigo, aunque afectó reírse, y descartó de manera tan decidida la idea de que yo ocupara otras habitaciones que las mías, que en silencio me eché a temblar ante las figuras y formas fantásticas que mi imaginación invocaba poblando el fondo de aquellos espejos sombríos. Tenía mi tocador, algo menos lúgubre; mi dormitorio, con su mobiliario grandioso y deslucido, que habitualmente convertía en sala de estar, cerrando con llave las diversas puertas que daban al tocador, al salón, a los pasillos, todas menos una, por la que monsieur de la Tourelle entraba siempre desde sus propias habitaciones en la parte más antigua del castillo. Pero esta preferencia mía por ocupar mi dormitorio contrariaba a monsieur de la Tourelle, estoy segura, aunque no quisiera manifestar su desagrado. Siempre me atraía de vuelta al salón, que yo iba aborreciendo cada vez más por su completa separación del resto del edificio a través del largo pasillo en el que desembocaban todas las puertas de mi apartamento. Este pasillo estaba cortado por pesadas puertas y portières, a través de las cuales no llegaba ningún sonido del resto de la casa, y, naturalmente, los criados no podían oír ningún movimiento ni llamada mía a menos que los convocara expresamente. Para una muchacha educada como yo había sido, en un hogar donde cada individuo vivía todo el día a la vista

de todos los demás, donde nunca faltaban unas palabras amables ni el sentido del compañerismo silencioso, aquella gran soledad mía era muy intimidante; y lo era más aún porque monsieur de la Tourelle, en cuanto propietario, cazador y demás, estaba generalmente fuera la mayor parte del día y a veces dos o tres días seguidos. Yo no tenía orgullo que me impidiera tratar con los domésticos; habría sido natural en mí buscarlos en muchos sentidos para hallar una palabra de simpatía en aquellos días tan sombríos en que me dejaban completamente sola, si hubieran sido como nuestros bondadosos criados alemanes. Pero los detestaba a todos, sin saber bien por qué. Algunos eran atentos, pero había una familiaridad en su deferencia que me rechazaba; otros eran rudos y me trataban más como a una intrusa que como a la esposa elegida por su amo; y de los dos grupos, a estos últimos los prefería.

El principal sirviente varón pertenecía a esta última clase. Me daba mucho miedo, pues tenía un aire de hosca suspicacia en todo lo que hacía por mí; y sin embargo monsieur de la Tourelle hablaba de él como de alguien muy valioso y leal. En efecto, a veces me daba la impresión de que Lefebvre dominaba a su señor en algunas cosas; y eso no lograba explicármelo. Pues mientras monsieur de la Tourelle se comportaba conmigo como si yo fuera un juguete o un ídolopreciado que debía mimarse, cultivarse y complacerse, no tardé en darme cuenta de cuán poco podía yo doblegar — ni al parecer nadie — la terrible voluntad del hombre que en el primer encuentro me había parecido demasiado afeminado y lánguido para ejercer su voluntad en lo más mínimo. Había llegado a conocer mejor su semblante, y a ver que alguna emoción violenta, cuya causa no lograba adivinar, hacía relucir su ojo gris con una luz pálida, contraer sus labios y palidecer su delicada mejilla en ciertas ocasiones. Pero en casa todo había sido tan abierto y claro que carecía de experiencia para ayudarme a desenredar misterio alguno entre quienes vivían bajo el mismo techo. Comprendía que había realizado lo que la señora Rupprecht y los suyos habrían llamado un gran matrimonio, porque vivía en un castillo con muchos criados, obligados en apariencia a obedecerme como a su señora. Comprendía que monsieur de la Tourelle me quería a su manera —orgullosode mi belleza, me atrevería a decir, pues bien a menudo me hablaba de ella—; pero también era celoso, y suspicaz, e insensible a mis deseos, a menos que coincidieran con los suyos. En aquel tiempo sentía que podría haberle querido bien si me lo hubiera dejado; pero yo era tímida de nacimiento, y al poco tiempo el miedo a su disgusto (que

caía como un trueno en mitad de su amor, por causas tan leves como una vacilación al responder, una palabra equivocada, un suspiro por mi padre) venció mi inclinación humorística a amar a quien era tan apuesto, tan cultivado, tan atento y entregado. Pero si no lograba agradarle cuando aún lo amaba, puedes imaginar cuántas veces le fallaba cuando el miedo que le tenía me hacía evitar su compañía calladamente, por temor a sus arrebatos de cólera. Una cosa recuerdo haber notado: que cuanto más descontento estaba monsieur de la Tourelle conmigo, más se regodeaba Lefebvre; y cuando volvía a estar en gracia, a veces de modo tan repentino como el que había causado mi caída en desgracia, Lefebvre me miraba de soslayo con sus ojos fríos y maliciosos, y una o dos veces en esos momentos le habló a monsieur de la Tourelle de manera muy irrespetuosa.

Casi olvidé mencionar que, en los primeros tiempos de mi vida en Les Rochers, monsieur de la Tourelle, con una compasión desdeñosa hacia mi debilidad por no soportar la lúgubre grandiosidad del salón, escribió a la modista de París de quien había venido mi corbeille de mariage para pedirle que buscara para mí una doncella de mediana edad, avezada en los quehaceres del tocador y con suficiente refinamiento para hacer las veces de dama de compañía ocasionalmente.

## SEGUNDA PARTE

Una normanda llamada Amante fue enviada a Les Rochers por la modista de París para convertirse en mi doncella. Era alta y bien parecida, aunque pasaba de los cuarenta, y algo enjuta. Pero, al verla por primera vez, me gustó; no era ni grosera ni confianzuda en sus maneras, y tenía un aire agradable de franqueza que yo había echado de menos en todos los habitantes del castillo, y que neciamente había atribuido en mi fuero interno a una carencia nacional. Amante recibió instrucciones de monsieur de la

Tourelle de sentarse en mi tocador y permanecer siempre a mi llamada. También le dio muchas indicaciones sobre sus deberes en asuntos que, quizás en rigor, correspondían a mi departamento de gobierno. Pero yo era joven e inexperta, y agradecida por verme eximida de cualquier responsabilidad.

Seguramente era cierto lo que monsieur de la Tourelle decía — antes de que hubieran transcurrido muchas semanas —: que, para una gran señora, una señora de castillo, me ponía de manera deplorable a demasiada llaneza con mi doncella normanda. Pero bien sabes que de cuna no estábamos muy alejadas en rango: Amante era hija de un granjero normando, yo de un molinero alemán; y además, ¡mi vida era tan solitaria! Casi me parecía que no podía complacer a mi marido. Él había escrito pidiendo a alguien capaz de hacerme compañía de vez en cuando, y ahora se mostraba celoso del afecto que yo le profesaba libremente, enfadado porque a veces yo podía reírme de sus ocurrencias originales y de sus proverbios graciosos, mientras que en su presencia yo tenía demasiado miedo para sonreír.

De cuando en cuando, familias llegadas de pocas leguas de distancia se acercaban por los caminos malos en sus pesados carruajes a hacernos una visita, y de vez en cuando se hablaba de ir a París cuando los asuntos públicos estuvieran algo más calmados. Estos pequeños sucesos y proyectos eran las únicas variaciones de mi vida durante los primeros doce meses, si exceptúo las alternativas del temperamento de monsieur de la Tourelle: su cólera irrazonable y su apasionada ternura.

Quizás una de las razones por las que hallaba placer y consuelo en la compañía de Amante era que, mientras yo tenía miedo de todo el mundo (no creo que las cosas me amedrentaran ni la mitad que las personas), Amante no le tenía miedo a nadie. Plantaba cara con calma a Lefebvre, y él la respetaba tanto más por ello; tenía el arte de hacerle preguntas a monsieur de la Tourelle que respetuosamente le daban a entender que había detectado el punto débil, aunque sin insistir demasiado por deferencia a su condición de amo. Y con toda su perspicacia para con los demás, conmigo tenía maneras bien tiernas; tanto más en aquel momento porque sabía, lo que yo aún no me había atrevido a decirle a monsieur de la Tourelle, que con el tiempo podría hacerme madre: ese objeto maravilloso de misterioso interés para las mujeres solteras que ya no esperan poder gozar ellas mismas de semejante dicha.

Era de nuevo otoño; a finales de octubre. Pero yo me había reconciliado con mi morada; las paredes de la parte nueva del edificio ya no parecían desnudas y desoladas; los escombros habían sido despejados en gran medida por deseo de monsieur de la Tourelle para hacerme un pequeño jardín de flores, en el que yo intentaba cultivar las plantas que recordaba del hogar. Amante y yo habíamos cambiado de sitio los muebles de las habitaciones y los habíamos dispuesto a nuestro gusto; mi marido había encargado muchos artículos de cuando en cuando pensando en mi agrado, y me iba acostumbrando a lo que era en apariencia mi reclusión en una parte del gran edificio que jamás había explorado por completo. Era octubre, como digo, de nuevo. Los días eran hermosos, aunque cortos, y monsieur de la Tourelle tenía que ir, según decía, a aquella lejana propiedad cuya administración con tanta frecuencia le alejaba de casa. Se llevó a Lefebvre y posiblemente a algunos lacayos más; lo hacía a menudo. Y mi ánimo se levantó un poco ante la idea de su ausencia; y entonces me sobrecogió la nueva sensación de que él era el padre de mi hijo aún no nacido, y traté de revestirle de ese carácter nuevo. Traté de creer que era su amor apasionado por mí lo que le hacía tan celoso y tiránico, imponiéndome restricciones incluso en mi trato con mi querido padre, del que estaba tan completamente separada en lo que al contacto personal se refería.

Era cierto, lo reconozco, que me había dejado caer en una triste revisión de todos los sinsabores que se ocultaban bajo el aparente lujo de mi vida. Sabía que nadie me quería excepto mi marido y Amante; pues estaba suficientemente claro que yo, como esposa suya y además como advenediza, no era popular entre los pocos vecinos que nos rodeaban; y en cuanto a los criados, las mujeres eran todas duras y descaradas, tratándome con una apariencia de respeto que tenía más de burla que de realidad; mientras que los hombres tenían una fiereza latente, que a veces se manifestaba incluso con monsieur de la Tourelle, quien por su parte, hay que reconocerlo, era a menudo severo hasta la crueldad en el trato que les dispensaba. Mi marido me amaba, me decía a mí misma, pero casi me lo decía en forma de pregunta. Su amor se manifestaba de manera intermitente, y más en formas calculadas para complacerse a sí mismo que para complacerme a mí. Sentía que por ningún deseo mío se apartaría él ni un ápice de cualquier curso de acción predeterminado. Había aprendido la inflexibilidad de aquellos labios delgados y delicados; sabía cómo la cólera tornaba su tez clara en un blanco mortal, y traía esa luz cruel a sus ojos azul pálido. El amor que yo sentía por

cualquiera parecía ser razón para que él los odiara; y así pasé toda una tarde larga y sombría compadeciendo de mí misma durante aquella ausencia suya de la que he hablado, recordando tan solo a veces que debía reprimir mis lamentos pensando en el nuevo e invisible vínculo que nos unía, y luego llorando de nuevo al pensar cuán malvada era yo. ¡Con qué nitidez recuerdo aquella larga velada de octubre! Amante entraba de cuando en cuando, hablando sin parar para animarme: hablaba de vestidos y de París, y de no sé qué más, pero de vez en cuando me miraba con penetración desde sus ojos oscuros y amistosos, con interés serio también, aunque todas sus palabras fueran sobre frivolidades. Por fin amontonó leña en el fuego y corrió las pesadas cortinas de seda; pues yo había sido renuente hasta entonces a que las cerrara, queriendo ver la luna pálida ascender por el cielo, como la veía hacerlo —la misma luna— surgir desde detrás del Kaiserstuhl en Heidelberg; pero el espectáculo me hacía llorar, y Amante lo ocultó. Me daba órdenes como una niñera a un niño.

—Ahora madame va a tener el gatito para hacerle compañía —dijo—, mientras yo voy a pedirle a Marthon una taza de café.

Recuerdo bien ese discurso y el modo en que me sacó de quicio, pues no me gustaba que Amante pensara que necesitaba entretenimiento con un gatito. Puede que fuera puro capricho mío, pero ese discurso —tal como podría habérselo hecho a un niño— me molestó, y le dije que mi abatimiento tenía sus razones, queriendo dar a entender que no era de índole tan imaginaria que pudieran distraerme de él los juguetes de un gatito. Así que, aunque no quise contárselo todo, le conté una parte; y mientras hablaba, empecé a sospechar que la buena criatura sabía mucho de lo que yo callaba, y que el pequeño discurso del gatito era más reflexivamente amable de lo que había parecido al principio. Le dije que hacía mucho que no tenía noticias de mi padre; que era un anciano, y podían suceder tantas cosas: quizás no volvería a verle, y tan raras veces recibía noticias de él o de mi hermano. Era una separación más completa y total de lo que yo había imaginado cuando me casé, y algo de mi hogar y de mi vida anterior al matrimonio le conté a la buena Amante; pues no me habían criado como a una gran señora, y la simpatía de cualquier ser humano me era preciosa.

Amante escuchó con interés, y a su vez me contó algunos de los sucesos y dolores de su propia vida. Luego, acordándose de su propósito, salió en busca del café, que debería haberseme traído hacía una hora; pero en ausen-

cia de mi marido, mis deseos raramente eran atendidos, y yo nunca me atrevía a dar órdenes.

Al poco volvió, trayendo el café y un gran pastel.

—¡Mire! —dijo, poniéndolo en la mesa—. Vea lo que he conseguido. Madame tiene que comer. Los que comen siempre acaban riendo. Y además tengo una pequeña noticia que le alegrará a madame.

Luego me dijo que sobre una mesa de la gran cocina yacía un fajo de cartas llegadas con el correo de Estrasburgo esa misma tarde: recién salida de su conversación conmigo, había desatado a toda prisa la cuerda que las ataba, pero solo alcanzó a distinguir una que le pareció ser de Alemania, cuando entró un criado y, con el sobresalto que le dio, se le cayeron las cartas, que él recogió, maldiciendo porque las había desatado y desordenado. Ella le dijo que creía que había allí una carta para su señora; pero él no hizo sino maldecir más, diciendo que si la había no era asunto suyo ni de ella, pues tenía órdenes estrictísimas de llevar siempre al gabinete privado de su señor todas las cartas que llegaran durante su ausencia: un cuarto en el que yo nunca había entrado, aunque daba al vestidor de mi marido.

Le pregunté a Amante si no había podido apoderarse de aquella carta y traérmela. No, en efecto, me respondió, eso equivalía casi a jugarse la vida entre aquella tropa de criados: no hacía más que un mes que Jacques había apuñalado a Valentín por alguna broma. ¿Es que nunca había echado de menos a Valentín, aquel apuesto joven que subía la leña a mi salón? El pobrecillo yacía ya frío y muerto, y en el pueblo decían que él mismo había puesto fin a su vida, pero los de la casa lo sabían mejor. ¡Oh! No tenía por qué tener miedo; Jacques se había ido, nadie sabía adónde; pero con gente así no era prudente reprender ni insistir. Monsieur estaría en casa al día siguiente, y no quedaba mucho para esperar.

Pero yo sentía que no podría existir hasta el día siguiente sin la carta. Podía ser para decirme que mi padre estaba enfermo, moribundo: podría clamar por su hija desde su lecho de muerte. En fin, no había límite a los pensamientos y fantasías que me acosaban. De nada servía que Amante dijera que, después de todo, podría estar equivocada, que no leía bien la escritura, que solo había echado un vistazo a la dirección; dejé que el café se enfriara, toda la comida se me volvió insípida, y me retorció las manos de impaciencia por hacerme con la carta y tener alguna noticia de mis queridos

de casa. Entre tanto, Amante conservaba su impasible buen humor, razonando primero, regañando después. Por último dijo, como si estuviera rendida, que si yo consentía en cenar bien, vería qué podía hacerse en cuanto a que fuéramos al cuarto de monsieur a buscar la carta, una vez que los criados se hubieran ido todos a la cama. Acordamos ir juntas cuando todo estuviera tranquilo y repasar las cartas; no había ningún mal en ello; y sin embargo, éramos tales cobardes que no nos atrevíamos a hacerlo abiertamente y ante la mirada de la servidumbre.

Al poco subió la cena: perdices, pan, frutas y nata. ¡Con qué nitidez recuerdo aquella cena! Guardamos el pastel intacto en una especie de aparador, y volcamos el café frío por la ventana para que los criados no se ofendieran por el aparente capricho de pedir comida que luego no tocaba. Tenía tantas ganas de que todos estuvieran acostados que le dije al lacayo que servía que no hacía falta que esperara a retirar los platos y las fuentes, que podía irse a dormir. Mucho después de pensar que la casa estaba en calma, Amante, con su cautela, me hizo esperar. Pasaba de las once cuando partimos, con pasos de gato y luz velada, por los pasillos, para ir al cuarto de mi marido a robar mi propia carta, si es que allí se encontraba: cosa de la que Amante, a lo largo de nuestra conversación, había llegado a dudar bastante.

Para que comprendas bien mi historia, debo intentar ahora explicarte la planta del castillo. Había sido en otro tiempo un lugar fuerte y bien defendido, encaramado en la cima de una roca que sobresalía del flanco de la montaña. Pero al viejo edificio —que debía de parecerse mucho a los castillos que se alzan sobre el Rin— se le habían añadido nuevas construcciones, situadas de modo que dominaran una vista magnífica, pues estaban en el lado más escarpado de la roca, desde el que la montaña caía como desplomándose, dejando a plena vista la gran llanura de Francia. La planta del edificio tenía algo la forma de tres lados de un rectángulo; mis aposentos en el edificio moderno ocupaban el extremo más estrecho, y gozaban de aquellas magníficas perspectivas. La fachada del castillo era antigua, y discurría paralela al camino que quedaba muy abajo. En ella estaban las dependencias y las salas de uso común de diversas clases, a las que yo nunca penetraba. El ala trasera —considerando el edificio nuevo, donde estaban mis aposentos, como el cuerpo central— constaba de muchas habitaciones de carácter oscuro y sombrío, pues el flanco de la montaña cortaba gran parte

del sol, y los pesados bosques de pinos llegaban hasta pocos metros de las ventanas. Sin embargo, en este lado —en una plataforma saliente de la roca— mi marido había formado el jardín de flores del que he hablado; pues era gran cultivador de flores en sus momentos de ocio.

Ahora bien, mi dormitorio era la habitación de esquina de los edificios nuevos por el lado contiguo a la montaña. Por tanto, podría haberme descolgado hasta el jardín de flores agarrada al alféizar de la ventana de uno de los lados, sin peligro de hacerme daño; mientras que las ventanas perpendiculares a estas caían en vertical sobre un precipicio de al menos cien pies. Continuando por esta ala, se llegaba al edificio antiguo; de hecho, esos dos fragmentos del castillo primitivo habían estado unidos en otro tiempo por dependencias parecidas a las que mi marido había reconstruido. Esas habitaciones pertenecían a monsieur de la Tourelle. Su dormitorio daba al mío, y más allá estaba su vestidor; y eso era casi todo lo que yo sabía, pues los criados, al igual que él mismo, tenían el hábito de hacerme retroceder, con algún pretexto, cada vez que me encontraban paseando sola, como me había inclinado a hacer al principio, llevada por una especie de curiosidad por ver todo el lugar del que me encontraba ser señora. Monsieur de la Tourelle nunca me animaba a salir sola, ni en carruaje ni a pie, alegando siempre que en aquellos tiempos revueltos los caminos no eran seguros; de hecho, a veces he llegado a imaginar desde entonces que el jardín de flores, al que el único acceso desde el castillo pasaba por sus habitaciones, fue dispuesto así para proporcionarme ejercicio y ocupación bajo su propia vigilancia.

Pero volvamos a aquella noche. Sabía, como he dicho, que el gabinete privado de monsieur de la Tourelle daba a su vestidor, y este al dormitorio, que a su vez comunicaba con el mío, la habitación de esquina. Pero había otras puertas que daban a todas esas estancias, y esas puertas desembocaban en una larga galería iluminada por ventanas que miraban al patio interior. No recuerdo que nos consultáramos mucho al respecto; pasamos por mi cuarto al apartamento de mi marido a través del vestidor, pero la puerta de comunicación con su gabinete estaba cerrada con llave, por lo que no nos quedó más remedio que volver sobre nuestros pasos y acceder por la galería a la otra puerta. Recuerdo haber notado una o dos cosas en esas habitaciones, vistas por mí entonces por primera vez. Recuerdo el suave perfume que flotaba en el aire, los frascos de plata que adornaban su tocador, y todo

el aparato de baño y aseo, aún más lujoso que el que él había dispuesto para mí. Pero la habitación en sí era menos espléndida en sus proporciones que la mía. En verdad, los edificios nuevos terminaban a la entrada del vestidor de mi marido. Había hondos huecos de ventana en paredes de dos metros y medio de grosor, e incluso los tabiques entre las habitaciones tenían casi un metro de fondo; pero sobre todas esas puertas o ventanas caían cortinas espesas y pesadas, de modo que creo que nadie podría haber oído en una habitación lo que ocurría en la contigua. Volvimos a mi cuarto y salimos a la galería. Tuvimos que tapar la vela, poseídas de un temor —no sé por qué— a que alguno de los criados del ala opuesta pudiera seguir nuestra marcha hacia la parte del castillo que nadie usaba salvo mi marido. De algún modo, siempre tuve la sensación de que todos los domésticos, salvo Amante, eran espías que me vigilaban, y de que yo estaba apresada en una red de observación y limitaciones tácitas que se extendía sobre todos mis actos.

Había luz en la habitación de arriba; nos detuvimos, y Amante habría querido retirarse de nuevo; pero yo ardía de impaciencia ante los continuos retrasos. ¿Qué daño había en ir a buscar en el gabinete de mi marido la carta sin abrir que me dirigía mi padre? Yo, que era habitualmente la cobarde, reprochaba ahora a Amante su inusitada timidez. Pero lo cierto es que ella tenía motivos para sus sospechas sobre lo que ocurría en aquella terrible casa muy superiores a los que yo había llegado a conocer. La urgí a seguir, me lancé yo misma; llegamos a la puerta, cerrada con llave, pero con la llave puesta; la giramos, entramos; las cartas yacían sobre la mesa, y sus blancos rectángulos captaban la luz al instante, revelándose a mis ávidos ojos que tenían hambre de las palabras de amor de mi hogar lejano y sereno. Pero justo cuando me abalancé a examinar las cartas, la vela que Amante sostenía, alcanzada por una corriente, se apagó y nos quedamos a oscuras. Amante propuso que lleváramos las cartas de vuelta a mi salón, recogién-dolas lo mejor que pudiéramos en la oscuridad y devolviendo todas salvo la que yo esperaba; pero yo le rogué que volviera a mi cuarto, donde guardaba yesca y pedernal, y encendiera una nueva luz; y así se fue, y yo me quedé sola en la habitación, cuyo tamaño y cuyas principales piezas de mobiliario apenas podía distinguir: una mesa grande con un mantel que caía holgadamente, en el centro; escritorios y otros muebles pesados contra las paredes; todo esto lo podía ver mientras estaba allí, con la mano sobre la mesa, junto a las cartas, el rostro vuelto hacia la ventana que, tanto por la oscuridad del

bosque que crecía alto en el flanco de la montaña como por la débil luz de la luna menguante, parecía solo un rectángulo de un negro violáceo más pálido que la penumbrosa habitación. Cuánto recordé de aquella única y fulminante mirada antes de que la vela se apagara, cuánto vi a medida que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, no lo sé; pero aún hoy, en sueños, se me presenta aquella habitación de horror, nítida en su sombra profunda. Amante apenas podía haber tardado un minuto cuando noté una penumbra adicional ante la ventana y oí movimientos suaves en el exterior: suaves, pero resueltos, que continuaron hasta que el fin quedó consumado y la ventana se alzó.

Presa de terror mortal ante gentes que forzaban la entrada a tal hora y de tal manera que no dejaba duda sobre sus propósitos, habría intentado huir en cuanto oí el ruido, de no ser por el miedo a llamar su atención con algún movimiento brusco, riesgo que también corría al abrir la puerta, casi cerrada del todo y cuyos mecanismos me eran desconocidos. Además, veloz como el rayo, pensé en el escondrijo entre la puerta cerrada con llave que daba al vestidor de mi marido y la portière que la cubría; pero desistí de ello: sentí que no podría llegar hasta allí sin gritar o desmayarme. Así que me dejé caer suavemente y me deslicé bajo la mesa, oculta, según esperaba, por el gran mantel de caída profunda con su pesado fleco. Aún no había recobrado del todo el pleno sentido, entumecido como estaba, y me esforzaba en persuadirme de que me encontraba en un lugar de relativa seguridad, pues más que todo temía traicionarme desmayándome, y luché con ahinco por el valor que me fuera posible alcanzar entorpeciendo mi mente ante el peligro que me acosaba mediante un intenso dolor físico que me infligí a mí misma. A menudo me has preguntado la razón de esa marca en mi mano; fue donde, en mi agonía, me arranqué un pedazo de carne con mis implacables dientes, agradecida por el dolor, que ayudaba a amortiguar mi terror. Digo que apenas acababa de ocultarme cuando oí abrirse la ventana y entrar, uno tras otro, varios hombres que saltaron el alféizar y se pusieron de pie junto a mí, tan cerca que podría haberles tocado los pies. Luego rieron y cuchichearon; mi cabeza daba tantas vueltas que no lograba captar el sentido de sus palabras, pero oí entre ellas la risa de mi marido: baja, sibilante, desdenosa, mientras daba una patada a algo pesado que habían arrastrado al entrar por el suelo y que yacía junto a mí; tan junto que la patada de mi marido, al tocarlo, también me tocó a mí. No sé por qué —no puedo explicarlo—, pero algún impulso, y no la curiosidad, me movió a extender la mano,

con la mayor suavidad y lo más poco posible, y palpar en la oscuridad lo que yacía despreciado a mi lado. Deslicé mi mano tentadora sobre la mano crispada y helada de un cadáver.

Extrañamente, esto me devolvió al instante a la más vívida lucidez de pensamiento. Hasta ese momento casi había olvidado a Amante; ahora maquinaba con febril rapidez cómo darle una señal de que no regresara; o más bien debería decir que intentaba maquinarlo, pues todos mis proyectos eran completamente vanos, como yo podría haber visto desde el principio. Solo podía esperar que oyera las voces de quienes estaban ahora atareados intentando encender un fuego, lanzando terribles juramentos por los objetos que no encontraban y que les habrían permitido hacer chispa. Oí su paso en el exterior, acercándose cada vez más; desde mi escondite vi la franja de luz bajo la puerta cada vez más nítida; junto a ella sus pasos se detuvieron; los hombres de dentro —en aquel momento creí que solo eran dos, pero después supe que eran tres— interrumpieron sus esfuerzos y se quedaron completamente quietos, sin respirar, como yo misma, según creo. Luego ella empujó la puerta lentamente, con movimiento suave, para evitar que su vela parpadeante se apagara de nuevo. Por un instante todo estuvo en calma. Luego oí a mi marido decir, mientras se acercaba a ella —llevaba botas de montar, cuya forma yo conocía bien, y podía verlas a la luz—:

—Amante, ¿puedo preguntarle qué la trae aquí a mi cuarto privado?

Se interponía entre ella y el cadáver de un hombre, de cuyo horrible bulto yo me encogía, pues casi me rozaba, tal era la estrechez del espacio en que estábamos todos. No podía saber si ella lo veía o no; no podía darle ninguna señal ni hacerle ninguna señal muda que le indicara qué debía decir, si es que yo misma sabía qué sería lo mejor.

Su voz había cambiado completamente cuando habló; muy ronca, y muy baja; y sin embargo bastante serena mientras decía, con toda la verdad, que había venido a buscar una carta que creía llegada para mí de Alemania. ¡Buena, valiente Amante! Ni una palabra sobre mí. Monsieur de la Tourelle respondió con una blasfemia sombría y una amenaza terrible. No toleraría a nadie figoneando en sus dependencias; madame recibiría sus cartas, si las había, cuando a él le pareciera bien dárselas, si es que creía conveniente dárselas. En cuanto a Amante, aquella era su primera advertencia, pero también la última; y tomándole la vela de la mano, la hizo salir del cuarto,

mientras sus compañeros hacían discretamente de pantalla para que el cadáver quedara en la sombra más profunda. Oí girar la llave en la cerradura tras ella; si alguna vez había tenido alguna esperanza de escapar, ya se había desvanecido. Solo deseaba que lo que me aguardara terminara pronto, pues la tensión de los nervios se estaba haciendo más de lo que podía soportar. En el instante en que pudo suponerse que ella estaba fuera del alcance del oído, dos voces empezaron a hablarle a mi marido en los términos más furiosos, reprochándole no haberla retenido, amordazado; es más, uno estaba por matarla, diciendo que la había visto clavar los ojos en el rostro del muerto, al que ahora pateaba en su arrebató. Aunque la forma de su discurso era como si hablaran con iguales, en el tono había algo de miedo. Estoy segura de que mi marido era su superior, o capitán, o algo así. Les respondió casi como burlándose, diciendo que qué derroche de trabajo era tener que vérselas con necios; que, con diez probabilidades contra una, la mujer no hacía más que decir la pura verdad, y que tenía bastante miedo de encontrarse a su amo en su propio cuarto como para alegrarse de escapar y volver con su señora, a quien él podría explicar fácilmente a la mañana siguiente cómo había sucedido que regresara en mitad de la noche. Pero sus compañeros se pusieron a maldecirme a mí, diciendo que desde que monsieur de la Tourelle se había casado no servía para nada salvo para vestirse con elegancia y perfumarse; que, en cuanto a mí, ellos le habrían conseguido veinte chicas más guapas y con mucho más brío. Él respondió tranquilamente que yo le convenía, y que eso bastaba. Todo este tiempo estaban haciendo algo con el cadáver, no pude ver qué; a ratos estaban demasiado ocupados desvalijando el cuerpo muerto para hablar, según creo; a ratos lo dejaban caer con un golpe pesado e inerte, y volvían a las disputas. Acusaban a mi marido con rabiosa vehemencia, exasperados por sus respuestas burlescas y desdeñosas, por su risa sarcástica. Sí, sosteniendo a su pobre víctima muerta para despojarla mejor de cuanto llevaba de valor, oí a mi marido reírse con esa misma risita suya, justo como lo había hecho cuando intercambiaba réplicas en el saloncito de los Rupprecht en Carlsruhe. Le aborrecí y le temí desde aquel momento. Por último, como para dar fin al asunto, dijo, con fría determinación en la voz:

— Bien, amigos míos, ¿de qué sirve tanto hablar, cuando en el fondo sabéis que si sospechara que mi esposa sabe de mis asuntos más de lo que me conviene, no sobreviviría un día? Recordad a Victorine. Porque se limitó a bromear de manera imprudente sobre mis asuntos, y rechazó mi conse-

jo de guardar la lengua con prudencia — ver lo que le pareciera, pero no preguntar nada ni decir nada—, ha hecho un viaje muy largo: más largo que a París.

—Pero esta es distinta; nosotros sabíamos todo lo que sabía la señora Victorine, porque era una cotorra; pero esta puede enterarse de muchísimo y no decir ni media palabra, pues es muy callada. Algún buen día puede que tengamos al país entero alborotado y a los gendarmes encima desde Estrasburgo, y todo por culpa de tu bonita muñeca, con sus malos artes para enredarte.

Creo que esto exasperó un tanto a monsieur de la Tourelle, sacándole de su indiferente desprecio, pues masculló una maldición entre dientes y dijo: «¡Palpa! Esta daga está afilada, Henri. Si mi mujer dice una palabra, y yo soy bastante necio para no haberle cerrado la boca eficazmente antes de que pueda traer a los gendarmes encima, que ese buen acero encuentre el camino a mi corazón. Si llegara a adivinar aunque fuera una pizca, si tuviera aunque fuera la más leve sospecha de que no soy un "grand propriétaire", y menos aún de que soy jefe de los Chauffeurs, ese mismo día seguirá a Victorine en el largo viaje más allá de París.»

—Te la quitará a ti; o es que nunca he sabido juzgar a las mujeres. Esas calladas y silenciosas son el demonio. Se escapará en alguna de tus ausencias, habiendo descubierto algún secreto que nos romperá a todos en la rueda.

—¡Bah! —dijo su voz; y luego, al cabo de un instante, añadió—: Que se vaya si quiere. Pero adonde ella vaya, yo iré; así que no llores antes de que os hagan daño.

A estas alturas, casi habían despojado el cuerpo por completo; y la conversación pasó a lo que debían hacer con él. Me enteré de que el muerto era el señor de Poissy, un caballero de los alrededores, del que a menudo había oído hablar como compañero de caza de mi marido. Nunca le había visto, pero hablaban de él como si se hubiera topado con ellos mientras robaban a algún mercader de Colonia, torturándolo según la cruel práctica de los Chauffeurs, que consistía en asar los pies de sus víctimas para obligarlas a revelar cualquier circunstancia oculta relacionada con su fortuna, de la cual los Chauffeurs se aprovechaban luego; y que este señor de Poissy, al caer sobre ellos y reconocer a monsieur de la Tourelle, había sido asesinado y

traído allí después de caída la noche. Oí reírse a quien yo llamaba mi marido con su risita liviana mientras hablaba del modo en que el cadáver había sido sujetado ante uno de los jinetes, de tal manera que parecía a cualquier transeúnte que el asesino sostenía con ternura a algún enfermo. Repitió alguna respuesta burlesca de doble sentido que él mismo había dado a alguien que preguntó. Gozaba del juego de palabras, aplaudiéndose suavemente a sí mismo. ¡Y todo el tiempo los pobres brazos indefensos y extendidos del muerto reposaban junto a su primorosa bota! Luego otro se agachó (se me paró el corazón) y recogió una carta del suelo —una carta que había caído del bolsillo del señor de Poissy—, una carta de su esposa, llena de tiernas palabras de cariño y dulces puerilidades de amor. Se leyó en voz alta, con ordinarios comentarios procaces sobre cada frase, compitiendo cada uno por superar al anterior. Cuando llegaron a unas palabras cariñosas sobre un dulce Maurice, su pequeño hijo que estaba con la madre de visita en algún lugar, se rieron de monsieur de la Tourelle diciéndole que algún día él también escucharía tales babosadas de mujer. Hasta ese momento, creo que solo le había temido, pero su respuesta antinatural, casi feroz, me hizo odiarle aún más de lo que le temía. Pero ya se iban cansando de su salvaje regocijo; las joyas y el reloj habían sido tasados, el dinero y los papeles examinados; y al parecer había alguna necesidad de que el cuerpo fuera enterrado en silencio y antes del amanecer. No se habían atrevido a dejarlo donde había sido asesinado por temor a que la gente se acercara, le reconociera y levantara el grito contra ellos. Pues a lo largo de toda la conversación hablaban como si su constante empeño fuera mantener los alrededores inmediatos de Les Rochers en el estado más tranquilo y ordenado posible, para no dar nunca motivo a visitas de los gendarmes. Disputaron un poco sobre si se colarían por la galería hasta la despensa del castillo para saciar el hambre antes del entierro apresurado, o después. Escuché con ávido e intenso interés en cuanto el significado de sus palabras llegó a mi acalorado y agitado cerebro, pues durante ese tiempo las palabras que pronunciaban parecían no hacer más que grabarse con terrible fuerza en mi memoria, de modo que casi no podía evitar repetir las en voz alta como un torpe y miserable eco inconsciente; pero mi cabeza estaba entumecida para el sentido de lo que decían, a menos que yo misma fuera mencionada, y entonces, supongo, algún instinto de conservación se agitaba en mí y avivaba mi comprensión. ¡Y con qué tensión aguzaba el oído, y esforzaba mis manos y mis miembros, que empezaban a estremecerse con movimientos convulsivos que

temía pudieran traicionarme! Recogía cada palabra que pronunciaban, sin saber qué propuesta desear, pero sintiendo que, fuera cual fuera la decisión final, mi única posibilidad de escapar se acercaba. Una vez temí que mi marido fuera a su dormitorio antes de que se me presentara aquella única oportunidad, en cuyo caso habría advertido casi con seguridad mi ausencia. Dijo que tenía las manos sucias —se me heló la sangre, pues podía ser con sangre de alguien que había vivido—, y que iría a lavárselas; pero alguna broma amarga desvió su propósito, y abandonó la habitación con los otros dos: la abandonó por la puerta de la galería. Me dejó a solas en la oscuridad con el cadáver ya rígido.

Ahora, ahora era mi momento, si alguna vez lo tenía; y sin embargo no podía moverme. No eran mis articulaciones entumecidas y agarrotadas las que me inmovilizaban: era la sensación de la cercana presencia de aquel hombre muerto. Casi creía —casi creo aún— oír que el brazo más próximo a mí se movía; que se alzaba, como implorando una vez más, y caía en desesperada postración de muerte. Ante esa fantasía —si es que fantasía era— lancé un grito en mi terror enloquecido, y el sonido de mi propia voz extraña rompió el hechizo. Me arrastré al lado de la mesa más alejado del cadáver, con una lentitud tan cautelosa como si en verdad hubiera podido temer el asimiento de aquella pobre mano muerta, impotente para siempre jamás. Me levanté suavemente, y me quedé de pie, enferma y temblorosa, sosteniéndome con la mesa, demasiado aturdida para saber qué hacer a continuación. Casi me desmayé cuando una voz baja habló: cuando Amante, desde el exterior de la puerta, susurró: «¡Madame!» La fiel criatura había estado de guardia, había oído mi grito, y habiendo visto a los tres forajidos salir en tropel por la galería, bajar las escaleras y cruzar el patio hacia las dependencias del ala opuesta del castillo, se había acercado a la puerta de la habitación en la que yo estaba. El sonido de su voz me dio fuerzas; avancé directamente hacia ella como quien, perdido en un páramo siniestro, divisa de repente la pequeña luz estable que anuncia una presencia humana, cobra ánimos y camina en línea recta hacia ella. Dónde estaba yo, dónde estaba aquella voz, no lo sabía; pero llegar hasta ella tenía que, o morir. La puerta, abierta —no sé si por ella o por mí—, caí sobre su cuello, aferrándome a ella hasta que me dolieron las manos de la tensión de su abrazo. Y sin embargo ella no pronunció ni una palabra. Solo me tomó en sus vigorosos brazos, me transportó a mi cuarto, y me tendió en mi cama. No sé nada más; en cuanto me depositó allí, perdí el sentido; volví en mí con un horrible terror

de que mi marido estuviera a mi lado, con la convicción de que estaba en la habitación, escondido, esperando oír mis primeras palabras, acechando el menor indicio del terrible saber que yo poseía para asesinarme. No me atreví a respirar más aprisa; medí y acompasé cada pesada inspiración; no hablé, ni me moví, ni siquiera abrí los ojos durante mucho tiempo después de haber vuelto a mis plenos y miserables sentidos. Oí a alguien andar con sigilo por la habitación, con un propósito definido, no como por curiosidad o para pasar el tiempo; alguien entraba y salía del salón; y yo seguía quieta, sintiéndome como si la muerte fuera inevitable, aunque deseando que la agonía de la muerte hubiera pasado ya. De nuevo me invadió el desvanecimiento; pero justo cuando me estaba hundiendo en aquella horrible sensación de la nada, oí la voz de Amante junto a mí, diciéndome:

—Beba esto, madame, y vámonos. Todo está preparado.

Dejé que me pusiera el brazo bajo la cabeza, me incorporara, y me hiciera tragar algo. Todo el tiempo siguió hablando con voz tranquila y pausada, distinta de la suya, tan seca y autoritaria; me dijo que había un traje suyo preparado para mí, que ella misma estaba disfrazada en la medida en que las circunstancias se lo permitían, que las provisiones que habían sobrado de mi cena estaban guardadas en sus bolsillos, y así fue siguiendo, deteniéndose en los pequeños detalles de la descripción más banal, sin aludir ni por un instante a la terrible causa que hacía necesaria la huida. Yo no hice ninguna pregunta sobre cómo sabía ella lo que sabía, o qué era lo que sabía. Nunca le pregunté entonces ni después; no podía soportarlo: guardamos cerrado a cal y canto nuestro espantoso secreto. Pero supongo que debía de haber estado en el vestidor contiguo y haberlo oído todo.

De hecho, no me atreví a hablar ni siquiera con ella, como si en nuestra preparación para abandonar así a hurtadillas la casa de sangre en mitad de la noche hubiera algo más que el suceso más corriente de la vida. Ella me daba indicaciones: indicaciones cortas y condensadas, sin razones, exactamente como se hace con un niño; y como un niño la obedecía. Iba con frecuencia a la puerta a escuchar; y a menudo también se acercaba a la ventana y miraba afuera con ansiedad. En cuanto a mí, no veía más que a ella, y no me atrevía a apartar los ojos de ella ni un minuto; y no oía nada en el profundo silencio de medianoche salvo sus movimientos suaves y los fuertes latidos de mi propio corazón. Al fin tomó mi mano y me llevó en la oscuridad, por el salón, de nuevo a la terrible galería, donde a través de la oscuri-

dad cerrada las ventanas dejaban entrar en el suelo pálidos fantasmas sábana de luz. Me fui agarrada a ella; sin hacer preguntas, pues era la simpatía humana para mí después del aislamiento de mi terror indecible. Seguimos andando, girando a la izquierda en vez de a la derecha, más allá de mis salitas donde el dorado estaba rojo de sangre, hacia aquella ala desconocida del castillo que daba a la carretera principal que discurría paralela muy abajo. Me fue guiando por los pasillos de la planta baja, a los que habíamos descendido ya, hasta llegar a una pequeña puerta abierta, por la que el aire soplaba frío y fresco, trayéndome por primera vez una sensación de vida. La puerta daba a una especie de sótano, a través del cual nos fuimos abriendo camino a tientas hasta una abertura parecida a una ventana, pero que, en vez de estar acristalada, estaba cerrada solo con barrotes de hierro, dos de los cuales estaban sueltos, como evidentemente Amante sabía, pues los sacó con la facilidad de quien ha realizado la acción muchas veces antes, y luego me ayudó a seguirla al aire libre y abierto.

Rodeamos el extremo del edificio, y al doblar la esquina —ella primero — noté que su mano se apretaba en la mía un instante, y al paso siguiente yo también oí voces lejanas y golpes de pala sobre la tierra pesada, pues la noche era muy cálida y tranquila.

No habíamos pronunciado una palabra; ahora tampoco hablamos. El tacto era más seguro y tan expresivo. Giró hacia la carretera principal; la seguí. Yo no conocía el camino; tropezamos una y otra vez, y me hice muchos cardenales; ella también, sin duda; pero el dolor físico me hizo bien. Por fin pisamos el camino más llano de la carretera.

Tenía tanta fe en ella que no me atreví a hablar ni cuando se detuvo, como dudando hacia qué lado debía torcer. Pero ahora, por primera vez, habló:

—¿Por qué camino vino usted cuando él la trajo aquí por primera vez?

Se lo señalé; no podía hablar.

Tomamos la dirección contraria, siguiendo por la carretera. Al cabo de una hora, nos desviamos ladera arriba, trepando bastante antes de atrevernos siquiera a descansar; más lejos y más arriba de nuevo antes de que el día hubiera despuntado del todo. Entonces buscamos algún lugar para descansar y ocultarnos; y solo entonces nos atrevimos a hablar en susurros.

Amante me dijo que había cerrado con llave la puerta de comunicación entre su dormitorio y el mío, y como en sueños fui tomando conciencia de que también había cerrado y se había llevado la llave de la puerta entre este y el salón.

—Ha estado demasiado ocupado esta noche para pensar mucho en usted; supondrá que está dormida. Yo seré la primera en quien noten la falta; pero ya están en estos momentos descubriendo nuestra desaparición.

Recuerdo que estas últimas palabras tuyas me movieron a rogar que siguiéramos adelante; sentía como si estuviéramos perdiendo tiempo precioso pensando en descansar o escondernos; pero ella apenas me respondió, tan ocupada estaba en buscar algún escondite. Por último, renunciando a ello con desesperanza, proseguimos un poco más; el flanco de la montaña descendía con rapidez, y en la plena luz matinal nos vimos en un estrecho valle formado por un arroyo que se abría camino a lo largo de él. A poco menos de un kilómetro ladera abajo se alzaba el pálido humo azul de un pueblo; la rueda de un molino batía el agua cerca de allí, aunque fuera de la vista. Manteniéndonos al amparo de todo árbol o arbusto que ofreciera cobijo, bajamos a la orilla del molino, y de allí hasta un puentecillo de un solo arco que sin duda formaba parte del camino entre el pueblo y el molino.

—Aquí vale —dijo ella; y nos metimos bajo el arco y, trepando un poco por la mampostería tosca, nos sentamos en un saliente, agazapadas en la sombra honda y húmeda. Amante se sentó un poco más arriba que yo y me hizo recostar la cabeza en su regazo. Luego me dio de comer y comió ella algo; y abriendo su grande oscura capa, tapó todo rastro de color claro en nosotras; y así estuvimos, temblando y estremecidas, sintiendo sin embargo una especie de descanso en todo ello, simplemente porque el movimiento ya no era imperativo y porque durante las horas de luz nuestra única posibilidad de salvación era quedarse quietas. Pero la sombra húmeda en que estábamos sentadas era malsana por la razón de que la luz del sol nunca penetraba allí; y temía que, antes de que llegara la noche y el tiempo de actuar de nuevo, sintiera que la enfermedad se iba apoderando de mí. Para añadir a nuestra incomodidad, había llovido todo el día, y el arroyo, alimentado por mil pequeños riachuelos de montaña, empezaba a crecer convirtiéndose en torrente, que rugía sobre las piedras con un ruido perpetuo y vertiginoso.

De cuando en cuando me despertaba del doloroso duermevela en que caía continuamente, sobresaltada por el sonido de cascos de caballos sobre nuestras cabezas: a veces pesados y lentos, como si arrastraran una carga; otras veces rasgando el aire al galope, y con el grito más agudo de las voces de los hombres cortando el estruendo de las aguas. Al fin cayó el día. Tuvimos que descender al arroyo, cuya corriente nos llegaba por encima de las rodillas al vadear hacia la orilla. Allí nos quedamos, entumecidas y temblorosas. Incluso el valor de Amante pareció flaquear.

—Tenemos que pasar esta noche bajo un techo, como sea —dijo.

Pues la lluvia caía sin piedad. Yo no dije nada. Pensé que el fin tenía que ser la muerte de algún modo; y solo esperaba que a la muerte no se le añadiera el terror de la crueldad de los hombres. Al cabo de un momento ella había resuelto su curso de acción. Subimos por la orilla del arroyo hasta el molino. Los sonidos familiares, el olor del trigo, la harina blanqueando las paredes: todo me recordaba a casa, y me parecía que tenía que esforzarme por salir de aquella pesadilla y despertar, y encontrarme de nuevo feliz muchacha a las orillas del Neckar. Tardaron mucho en descorrer los cerrojos de la puerta a la que Amante había llamado; al fin, una voz vieja y débil preguntó quién estaba allí y qué se quería. Amante respondió que buscaban refugio de la tormenta dos mujeres; pero la anciana replicó con titubeante desconfianza que estaba segura de que era un hombre quien pedía cobijo, y que no podía dejarnos entrar. Pero al fin se convenció de que no era así, descorrió los pesados cerrojos de la puerta y nos dejó pasar. No era una mujer malvada; pero su pensamiento se movía siempre en un solo círculo, y ese círculo era que su amo, el molinero, le había dicho que bajo ningún concepto dejara entrar a ningún hombre mientras él estuviera ausente, y que no sabía si él no pensaría que dos mujeres eran igual de malo; aunque al no ser nosotras hombres, nadie podía decir que había desobedecido, pues era una vergüenza que un perro anduviera fuera con aquella noche. Amante, con su pronta inventiva, le dijo que no le dijera a nadie que nos había dado cobijo aquella noche, y que así su amo no podría reprocharle nada; y mientras de este modo le encarecía el secreto como la actitud más prudente, pensando en personas muy distintas del molinero, con diligencia nos ayudaba a quitarnos la ropa mojada y la extendía, junto con el manto oscuro que nos había cubierto a las dos, ante la gran estufa que calentaba la habitación con el calor eficaz que la menguante vitalidad de la

anciana requería. Todo este tiempo la pobre criatura discutía consigo misma sobre si había o no desobedecido las órdenes, con una cháchara desordenada que me hizo mucho temer por su capacidad de guardar nada en secreto si alguien la interrogaba. Al poco rato empezó a divagar hacia una revelación innecesaria sobre el paradero de su amo: había salido a ayudar en la búsqueda de su señor, el señor de Poissy, que vivía en el castillo allá arriba, y que no había regresado de su cacería el día anterior; de modo que el administrador suponía que había sufrido algún accidente, y había convocado a los vecinos para batir el bosque y el flanco de la montaña. Nos contó muchas más cosas, dándonos a entender que le gustaría mucho encontrar una plaza de ama de llaves donde hubiera más criados y menos que hacer, pues su vida allí era muy solitaria y aburrida, especialmente desde que el hijo de su amo se había ido: ido a la guerra. Luego tomó su cena, que evidentemente le era racionada con mano avara, pues ni aunque se le hubiera ocurrido la idea tenía suficiente para ofrecernos nada. Afortunadamente, lo único que necesitábamos era calor, y ese, gracias a los cuidados de Amante, volvía a nuestros cuerpos helados. Después de cenar, la anciana empezó a dar cabezadas; pero parecía incómoda ante la idea de quedarse dormida dejándonos aún en la casa. En efecto, nos dio indicaciones bastante claras sobre lo conveniente que sería que volviéramos a salir a la noche gélida y tormentosa; pero nosotras pedimos que se nos dejara quedar bajo algún techo; y al fin se le ocurrió una idea luminosa y nos mandó subir por una escalera de mano a una especie de desván que ocupaba la mitad de la gran cocina del molino en la que estábamos. La obedecimos —¿qué otra cosa podíamos hacer?— y nos encontramos en un suelo espacioso, sin salvaguarda ni pared, tablazón ni barandilla alguna que nos impidiera caer al vacío de la cocina en caso de que nos acercáramos demasiado al borde. Era, en efecto, el trastero o granero de la casa. Había ropa de cama apilada, cajas y arcones, sacos del molino, la provisión invernal de manzanas y nueces, fardos de ropa vieja, muebles rotos y otras muchas cosas. No bien estuvimos allí arriba, la anciana retiró la escalera por la que habíamos subido con una risita, como si ahora estuviera segura de que no podíamos hacer ningún daño, y volvió a sentarse de nuevo para dormitar y esperar el regreso de su amo. Sacamos algo de ropa de cama y con gusto nos tendimos, con la ropa seca y algo de calor, esperando tener el sueño que tanto necesitábamos para reparar fuerzas y prepararnos para el día siguiente. Pero yo no podía dormir, y advertí por su respiración que Amante estaba igualmente desvelada. Am-

bas podíamos ver a través de las rendijas entre los tablones que formaban el suelo la cocina de abajo, muy tenuemente iluminada por el candil de uso corriente colgado en la pared junto a la estufa, en el lado opuesto al nuestro.

## TERCERA PARTE

Bien entrada la noche, unas voces en el exterior llegaron hasta nuestro escondite; un airado golpear en la puerta, y vimos a través de las rendijas cómo la anciana se sacudía el sueño para ir a abrir a su amo, que entró visiblemente a medias borracho. Para mi horrible espanto, le seguía Lefebvre, tan sobrio y artero como siempre. Conversaban mientras entraban, disputando sobre algo; pero el molinero interrumpió la conversación para echar una maldición a la anciana por haberse quedado dormida, y, con cólera de borracho e incluso con golpes, echó a la pobre mujer de la cocina hacia su cama. Luego él y Lefebvre siguieron hablando: de la desaparición del señor de Poissy. Al parecer, Lefebvre había estado fuera todo el día, junto con otros hombres de mi marido, colaborando ostensiblemente en la búsqueda; con toda probabilidad tratando de confundir a los seguidores del señor de Poissy poniéndoles sobre una pista falsa, y también, según deduje de una o dos preguntas ladinas de Lefebvre, combinando el propósito oculto de encontrarnos.

Aunque el molinero era inquilino y vasallo del señor de Poissy, me pareció que estaba mucho más en connivencia con la gente de monsieur de la Tourelle. Era evidente que conocía en parte la vida que llevaban Lefebvre y los demás; aunque, por otra parte, no creo que supiera ni imaginara ni la mitad de sus crímenes; y también creo que tenía un interés genuino en descubrir el paradero de su señor, sin sospechar en absoluto que Lefebvre fuera capaz de asesinato o violencia. Seguía hablando, dejando escapar toda clase de pensamientos y opiniones, mientras los sagaces ojos de Lefebvre, bril-

lando bajo sus espesas cejas, lo vigilaban. Evidentemente, no convenía a los propósitos de este último revelar que la esposa de su señor había escapado de aquel vil y terrible cubil; pero aunque no pronunció ni una palabra que se refiriera a nosotras, no por eso estaba yo menos segura de que ansiaba nuestra sangre y nos tendía emboscadas en cada giro de los acontecimientos. Al poco se levantó y se despidió; el molinero le echó el cerrojo, y se fue tambaleando a la cama. Entonces nos dormimos y dormimos sanas y largas horas.

A la mañana siguiente, al despertar, vi a Amante a medio incorporar, apoyada en un brazo, mirando con los ojos muy abiertos y con toda su atención hacia la cocina de abajo. Miré también yo, y ambas oímos y vimos al molinero y a dos de sus hombres hablar con animación en voz alta sobre la anciana, que no había aparecido a su hora habitual para encender el fuego de la estufa y prepararle el desayuno a su amo, y que ahora, ya tarde en la mañana, había sido encontrada muerta en su cama; si a causa de los golpes de su amo la noche anterior, o por causas naturales, quién puede decirlo. El molinero tenía algún cargo de conciencia, diría yo, pues proclamaba con vehemencia el aprecio que le tenía a su ama de llaves y repetía con cuánta frecuencia ella le había hablado de la vida dichosa que llevaba a su lado. Los hombres podían tener sus dudas, pero no querían ofender al molinero, y todos convinieron en que debían tomarse las medidas necesarias para un entierro rápido. Y así salieron, dejándonos en nuestro desván, pero tan solas que, por primera vez casi, nos atrevimos a hablar con libertad, aunque siempre en voz baja, deteniéndonos para escuchar a cada momento. Amante tomó una visión más optimista de todo lo ocurrido que yo. Dijo que, de haber vivido la anciana, habríamos tenido que marcharnos aquella misma mañana, y que esa partida tranquila habría sido lo mejor que podíamos esperar, pues con toda probabilidad el ama de llaves le habría contado al molinero lo nuestro y el lugar donde nos habíamos refugiado, y este hecho habría llegado, tarde o temprano, a conocimiento de quienes más deseábamos ocultarlo; pero que ahora teníamos tiempo para descansar y un techo bajo el que hacerlo durante la primera persecución encarnizada, que con fatal certeza sabíamos estaba teniendo lugar. Los restos de nuestra comida y la fruta almacenada nos proveerían de sustento; lo único que había que temer era que se necesitara algo del desván y que el molinero o algún otro subiera a buscarlo. Pero aun entonces, con un poco de reordenación de cajas y arcones, una parte podía mantenerse tan en sombra que aún cabía

que escapáramos a las miradas. Todo esto me consoló en algo; pero pregunté cómo íbamos a escapar. La escalera había sido retirada, y era el único medio que teníamos de bajar. Pero Amante respondió que podía hacer una escala suficiente con la cuerda que había enrollada junto a otras cosas para descolgarnos los tres metros escasos: con la ventaja de que sería portátil, de modo que podíamos llevárnosla y evitar así toda señal de que alguien había estado nunca oculto en el desván.

Durante los dos días que transcurrieron antes de que escapáramos, Amante aprovechó bien el tiempo. Registró todos los cajones y arcones mientras el molinero estaba en su molino; y al encontrar en un arcón un viejo traje de hombre, que probablemente había pertenecido al hijo ausente, se lo puso para ver si le quedaba bien; y, cuando comprobó que sí, se cortó el cabello hasta la longitud del de un hombre, me hizo recortarle las espesas cejas negras como si se las hubieran afeitado, y metiéndose trozos de corcho viejo en los carrillos alteró tanto la forma de su rostro como el timbre de su voz hasta un punto que yo no hubiera creído posible.

Todo ese tiempo yacía yo como aturdida; mi cuerpo descansando y reponiéndose, pero yo misma en un estado casi idiota: de otro modo, seguramente no habría podido prestar ese torpe interés que recuerdo haber prestado a todos los enérgicos preparativos de disfraz de Amante. Tengo un recuerdo preciso de que una vez sentí que me asomaba una sonrisa al rostro agarrotado cuando algún nuevo alarde de su ingenio resultaba un éxito.

Pero hacia el segundo día también me exigió que pusiera yo algo de mi parte; y entonces todo mi pesado desaliento volvió. Dejé que tiñera mi cabello rubio y mi tez con las cáscaras en putrefacción de las nueces almacenadas, dejé que ennegreciera mis dientes, e incluso me rompí voluntariamente un diente delantero para favorecer mejor el disfraz. Pero a través de todo ello no albergaba ninguna esperanza de escapar a mi terrible marido. La tercera noche el entierro había terminado, el beber también, los invitados se habían ido; al molinero lo metieron en cama sus hombres, pues estaba demasiado borracho para valerse. Estos se quedaron un rato en la cocina, hablando y riendo sobre la nueva ama de llaves que probablemente vendría; y ellos también se fueron, cerrando la puerta pero sin echar el cerrojo. Todo nos favorecía. Amante había probado su escala una de las dos noches anteriores, y podía, con un ágil movimiento desde abajo, desengancharlo del gancho al que estaba sujeto una vez cumplido su cometido; hizo un fardo de

ropa vieja sin valor para que pudiéramos sostener mejor nuestra apariencia de buhonero ambulante y su esposa; se puso un jorobado en la espalda, me engordó a mí la figura, dejó su propia ropa enterrada bajo un montón de otras cosas en el arcón del que había sacado el traje de hombre que llevaba; y con unos pocos francos en el bolsillo —el único dinero que ninguna de las dos llevábamos cuando escapamos— nos descolgamos por la escala, la desenganchamos, y salimos de nuevo a la fría oscuridad de la noche.

Habíamos hablado del camino que nos convendría seguir mientras permanecíamos escondidas en nuestro desván. Amante me había contado entonces que la razón de su pregunta, cuando abandonamos Les Rochers por primera vez, sobre qué camino me habían traído a él, era para evitar la persecución, que estaba segura comenzaría en primer lugar en dirección a Alemania; pero que ahora pensaba que podíamos regresar a aquella región del país donde mi manera alemana de hablar el francés llamaría menos la atención. Me pareció que la propia Amante tenía algo peculiar en su acento, del que había oído a monsieur de la Tourelle burlarse como del patois normando; pero no dije nada más allá de estar de acuerdo con su propuesta de que dirigiéramos nuestros pasos hacia Alemania. Una vez allí, estaríamos a salvo, pensé. ¡Ay! Olvidé los tiempos revueltos que se iban extendiendo por toda Europa, derrocando todo orden y toda la protección que el orden confiere.

Cómo vagamos —sin atrevernos a preguntar el camino—, cómo sobrevivimos, cómo nos abrimos camino a través de muchos peligros y aún más terrores ante el peligro, no te lo voy a contar ahora. Solo te referiré dos de nuestras aventuras antes de llegar a Fráncfort. La primera, aunque fatal para una inocente dama, fue, sin embargo, según creo, la causa de mi salvación; la segunda te la contaré para que entiendas por qué no regresé a mi antiguo hogar, como había esperado hacer mientras yacía en el desván del molinero y empezaba a ser capaz de vislumbrar a tientas una idea de lo que podría ser mi vida futura. No puedo decirte cuánto, en aquellas dudas y aquellos vagabundeos, llegué a encariñarme con Amante. A veces he temido después que solo me importara porque me era tan necesaria para mi propia seguridad; pero no, no era así; o no era solo así, o principalmente. Ella dijo una vez que huía por su propia vida además de por la mía; pero no nos atrevíamos a hablar mucho de nuestro peligro, ni de los horrores que habíamos dejado atrás. Planeábamos un poco lo que habría de ser nuestro

curso futuro; pero ni siquiera en eso mirábamos muy adelante: ¿cómo hacerlo, cuando cada día apenas sabíamos si veríamos el sol ponerse? Pues Amante conocía o conjeturaba la atrocidad de la banda a la que pertenecía monsieur de la Tourelle mucho mejor que yo; y de cuando en cuando, justo cuando parecíamos estar hundiéndonos en la calma de la seguridad, tropezábamos con rastros de una persecución que se lanzaba en todas direcciones tras nosotras. Una vez recuerdo —debíamos de llevar cerca de tres semanas caminando penosamente por caminos poco frecuentados, día tras día, sin atrevernos a preguntar dónde estábamos ni tampoco a parecer errantes sin rumbo— que llegamos a una especie de herrería y herrador solitaria a la vera del camino. Yo estaba tan cansada que Amante declaró que, pasara lo que pasase, nos quedaríamos allí toda la noche; y en consecuencia entró en la casa y se anunció resueltamente como sastre ambulante, dispuesto a hacer cualquier trabajo suelto que se necesitara, a cambio de alojamiento y comida para ella y su esposa. Había seguido este plan una o dos veces antes, con buen resultado; pues su padre había sido sastre en Ruán, y de niña le había ayudado a menudo en el trabajo, y conocía la jerga y las costumbres del gremio, hasta llegar al silbido y grito particulares que en Francia dicen tanto a los del oficio. En esta herrería, como en la mayoría de las casas solitarias lejos de una ciudad, no solo había una reserva de ropa de hombre guardada como necesitada de arreglo cuando el ama de casa tuviera tiempo, sino también una natural avidez de noticias de lejos, de las que un sastre ambulante está obligado a proveer. La tarde de principios de noviembre iba cerrándose en atardecer cuando nos sentamos: ella con las piernas cruzadas sobre la gran mesa de la cocina de la herrería, acercada a la ventana, yo pegada a ella por detrás, cosiendo en otra parte de la misma prenda, y de vez en cuando bien regañada por mi aparente marido. De repente se volvió para hablarme. Fue solo una palabra: «¡Ánimo!» Yo no había visto nada; estaba fuera de la luz; pero me puse enferma por un instante, y luego me tensé con una extraña fortaleza de aguante para soportar lo que fuera.

La fragua del herrero estaba en un cobertizo junto a la casa, que daba a la carretera. Oí que los martillos dejaban de batir con su ritmo continuo. Ella había visto por qué se callaban. Un jinete se había acercado a la fragua y había desmontado, llevando a su caballo adentro para herrarlo. La anchurosa luz roja de la fragua había revelado el rostro del jinete a Amante, y ella previó las consecuencias que efectivamente se produjeron.

El jinete, tras unas palabras con el herrero, fue introducido por este en la habitación donde estábamos sentadas.

—Aquí, buena mujer, una copa de vino y un poco de galette para este caballero.

—Cualquier cosa, cualquier cosa, señora, que pueda comer y beber de pie mientras herran a mi caballo. Tengo prisa, y debo llegar a Forbach esta noche.

La mujer del herrero encendió el candil; Amante se lo había pedido cinco minutos antes. ¡Cuánto nos alegró que no lo hubiera traído más pronto! Tal como estaban las cosas, permanecemos en la sombra oscura, fingiendo coser, pero viendo apenas. El candil fue puesto sobre la estufa, junto a la que mi marido —pues era él— se detuvo a calentarse. Al poco se volvió y recorrió la habitación con la mirada, tomándonos a nosotras con más o menos el mismo grado de interés que al mobiliario inanimado. Amante, con las piernas cruzadas frente a él, seguía inclinada sobre su trabajo, silbando suavemente todo el tiempo. Él se volvió de nuevo hacia la estufa, frotándose las manos con impaciencia. Había terminado el vino y la galette, y quería marcharse.

—Tengo prisa, buena mujer. Dile a tu marido que se dé más prisa. Le pagaré el doble si se apresura.

La mujer salió a cumplir su encargo; y él se volvió una vez más hacia nosotras. Amante pasó a la segunda parte del aire. Él lo recogió, tarareó un segundo por un instante, y luego, al volver a entrar la mujer del herrero, se adelantó hacia ella, como para recibir su respuesta más pronto.

—Un momento, caballero, solo un momento. Había un clavo saltado en el casco delantero derecho que mi marido está poniendo; también esa herradura dejaría a caer al caballero de nuevo si le fallara.

—Madame tiene razón —dijo él—, pero mi prisa es urgente. Si madame conociera mis razones, perdonaría mi impaciencia. Feliz marido un día, ahora hombre abandonado y traicionado, persigo a una esposa a la que colmé de todo mi amor, pero que ha abusado de mi confianza y huido de mi casa, sin duda a casa de algún amante; llevándose consigo todas las joyas y el dinero con que pudo. Es posible que madame haya oído algo o le haya visto algo de ella; la acompañaba en su huida una mujer soez y depravada

de París, a quien yo, desdichado de mí, había contratado como doncella para mi esposa, sin imaginar qué corrupción introducía en mi casa.

—¿Es posible? —dijo la buena mujer, levantando las manos.

Amante siguió silbando un poco más bajo, en señal de respeto hacia la conversación.

—Sin embargo, sigo la pista de las pérfidas fugitivas; las voy rastreando —y el apuesto y afeminado rostro parecía tan feroz como el de un demonio —. No se me escaparán; pero cada minuto es un minuto de suplicio para mí hasta que encuentre a mi esposa. Madame tiene compasión, ¿no es así?

Compuso su semblante en una sonrisa dura y antinatural, y luego ambos salieron a la fragua, como si de nuevo quisiera apremiar al herrero.

Amante dejó de silbar por un instante.

—Seguid como estáis, sin mover ni un párpado; en pocos minutos se habrá ido, y todo habrá pasado.

Era una advertencia necesaria, pues yo estaba a punto de ceder y arrojarme débilmente sobre su cuello. Seguimos; ella silbando y cosiendo, yo haciendo como que cosía. Y fue bien que lo hiciéramos así; pues casi de inmediato él volvió a buscar su fusta, que había dejado y olvidado; y de nuevo sentí una de aquellas miradas agudas y veloces lanzadas por toda la habitación, que nos abarcaban a todas.

Luego le oímos alejarse a caballo; y entonces, pues hacía ya rato que estaba demasiado oscuro para ver bien, dejé caer el trabajo y me rendí a mi temblor y a mi estremecimiento. La mujer del herrero volvió. Era una buena criatura. Amante le dijo que yo tenía frío y estaba rendida, e insistió en que dejara de trabajar y me sentara junto a la estufa; apresurando al mismo tiempo sus preparativos para la cena, que, en nuestro honor y gracias al pago generoso del caballero, había de ser un poco menos frugal de lo ordinario. Fue un bien para mí que me hiciera probar un poco de la sopa de sidra que estaba preparando, pues de otro modo no habría podido aguantar, a pesar de la mirada de advertencia de Amante y del recuerdo de sus frecuentes exhortaciones a actuar resueltamente de acuerdo con los personajes que habíamos adoptado, pasara lo que pasase. Para disimular mi agitación, Amante dejó de silbar y comenzó a hablar; y cuando llegó el herrero, ella y la buena mujer de la casa estaban en plena corriente de conversación. Él se

puso a hablar en seguida del apuesto caballero, que tan bien le había pagado; toda su simpatía era para él, y tanto él como su mujer no deseaban más que pudiera alcanzar a su malvada esposa y castigarla como merecía. Y entonces la conversación tomó un giro que no es infrecuente entre quienes llevan vidas tranquilas y monótonas: parecía que todos competían por contar algún horror; y la feroz y misteriosa banda de ladrones llamada los Chauffeurs, que infestaba todos los caminos que llevaban al Rin, con Schinderhannes al frente, proporcionó muchos cuentos que me helaron el tuétano de los huesos, y sofocaron incluso el poder de hablar de Amante. Tenía los ojos grandes y desorbitados, las mejillas descoloridas, y por una vez buscó con la mirada ayuda en mí. La nueva exigencia me espabiló. Me levanté y dije, con su permiso, que mi marido y yo buscaríamos nuestra cama, pues habíamos caminado mucho y éramos madrugadores. Añadí que nos levantaríamos temprano para terminar nuestra labor. El herrero dijo que seríamos pájaros mañaneros si nos levantábamos antes que él; y la buena mujer secundó mi propuesta con amable agitación. Otro cuento como los que habían estado relatando, y creo que Amante se habría desmayado.

Como estaba las cosas, una noche de descanso la repuso; nos levantamos temprano y terminamos nuestro trabajo, y compartimos el abundante desayuno de la familia. Luego tuvimos que ponernos en camino de nuevo; sabiendo únicamente que a Forbach no debíamos ir, y creyendo, como en efecto era el caso, que Forbach quedaba entre nosotras y la Alemania a que dirigíamos nuestros pasos. Dos días más vagamos, dando, sospecho, una vuelta, y volviendo al camino de Forbach a una o dos leguas más cerca de esa ciudad que la herrería. Pero como nunca pedíamos indicaciones, apenas sabía dónde estaba cuando llegamos cierta noche a una pequeña ciudad con una posada grande y destartalada en el mismo centro de la calle principal. Habíamos empezado a sentir que había más seguridad en las ciudades que en la soledad del campo. Como hacía no muchos días habíamos entregado una sortija mía a un joyero ambulante, que estaba demasiado satisfecho de comprarla muy por debajo de su valor real para hacer muchas preguntas sobre cómo había venido a parar a manos de un pobre sastre ambulante como parecía ser Amante, decidimos quedarnos en aquella posada toda la noche y recabar todos los datos e informes que pudiéramos para orientar nuestro camino.

Cenamos en el rincón más oscuro del comedor, habiendo convenido antes un pequeño dormitorio al otro lado del patio, encima de las cuadras. Necesitábamos comer de verdad; pero nos dimos prisa en acabar la cena por miedo a que entrara al salón público alguien que pudiera reconocernos. Justo en mitad de la cena, la diligencia pública llegó traqueteando bajo el portal, y descargó sus pasajeros. La mayoría se volvió al cuarto donde estábamos sentadas, acobardadas y temerosas, pues la puerta daba enfrente de la portería, y ambas abrían al amplio zaguán cubierto que comunicaba con la calle. Entre los pasajeros entró una joven de cabellos rubios, acompañada de una doncella francesa de edad. La pobre joven sacudió la cabeza con desdén y se apartó del cuarto común, lleno de olores desagradables y de compañía de toda clase, y pidió, en francés con acento alemán, que la llevaran a alguna habitación privada. Nos enteramos de que ella y su doncella habían venido en el cupé, y, probablemente por orgullo, la pobrecita había evitado toda relación con los demás viajeros, concitando así su antipatía y sus burlas. Todos estos pequeños detalles oídos tuvieron su significado para nosotras después, aunque en el momento el único comentario hecho que tenía relación con el futuro fue el susurro de Amante diciéndome que el cabello de aquella joven señora era exactamente del mismo color que el mío, que ella misma se había cortado y quemado en la estufa de la cocina del molinero en uno de sus descensos desde nuestro escondite en el desván.

En cuanto pudimos, nos deslizamos por la sombra, dejando a los ruidosos y alegres compañeros de viaje con su cena. Cruzamos el patio, pedimos prestado un farolillo al mozo de cuadra, y subimos a tientas por los toscos escalones hasta nuestra habitación encima de la cuadra. No tenía puerta de verdad; la entrada era el hueco en que encajaba la escala. La ventana daba al patio. Estábamos cansadas y nos dormimos pronto. Me despertó un ruido en la cuadra de abajo. Un instante de escucha, y desperté a Amante, poniéndole la mano en la boca para evitar alguna exclamación en su estado de medio sueño. Oímos a mi marido hablar al mozo sobre su caballo. Era su voz. Estoy segura. Amante también lo dijo. No nos atrevíamos a movernos para levantarnos y cerciorarnos. Durante cinco minutos o así siguió dando instrucciones. Luego salió de la cuadra, y deslizándonos suavemente hasta nuestra ventana le vimos cruzar el patio y volver a entrar en la posada. Deliberamos sobre qué hacer. Temíamos llamar la atención o despertar sospechas bajando y abandonando nuestro cuarto, aunque la huida inmediata era

nuestro pensamiento más fuerte. Luego el mozo salió de la cuadra, cerrando la puerta con llave por fuera.

—Tendremos que intentar descolgarnos por la ventana; si es que conviene irse del todo —dijo Amante.

Con la reflexión llegó la sensatez. Levantaríamos sospechas marchándonos sin pagar la cuenta. Íbamos a pie y podían alcanzarnos fácilmente. Así que nos quedamos sentadas en el borde de la cama, hablando y temblando, mientras del otro lado del patio llegaban risas alegres, y la concurrencia se fue disolviendo poco a poco, con sus luces pasando ante las ventanas al subir las escaleras y retirarse cada uno a su descanso.

Nos metimos en la cama, aferrándonos la una a la otra con fuerza, escuchando cada sonido, como si creyéramos que nos seguían y que la muerte podría alcanzarnos en cualquier momento. En plena noche, justo en el profundo silencio que precede al vuelco hacia un nuevo día, oímos un paso suave y cauteloso cruzando el patio. Giró la llave en la puerta de la cuadra: alguien entró, le sentimos allí dentro más que le oímos. Un caballo se agitó un poco e hizo un movimiento inquieto con los cascos, luego relinchó en señal de reconocimiento. El que había entrado le dirigió dos o tres sonidos bajos al animal y luego le llevó al patio. Amante saltó a la ventana con el silencioso agilidad de una gata. Miró afuera, pero no se atrevió a pronunciar palabra. Oímos abrirse la gran puerta que daba a la calle: una pausa para montar, y los pasos del caballo se perdieron en la distancia.

Entonces Amante volvió junto a mí. «¡Era él! ¡Se ha ido!», dijo, y una vez más nos tendimos, temblorosas y estremecidas.

Esta vez caímos en un sueño profundo. Dormimos mucho y hasta tarde. Nos despertaron muchos pasos apresurados y muchas voces confusas; el mundo entero parecía despierto y agitado. Nos levantamos y nos vestimos, y al bajar miramos en torno entre la multitud congregada en el patio para cerciorarnos de que él no estaba antes de abandonar el refugio de la cuadra.

En el instante en que nos vieron, dos o tres personas se precipitaron hacia nosotras.

—¿Han oído? ¿Lo saben? Aquella pobre joven señora... ¡Oh, vengan a ver!

Y así nos llevaron, casi sin que pudiéramos evitarlo, cruzando el patio y subiendo la gran escalera abierta del edificio principal de la posada, hasta un dormitorio donde yacía la hermosa joven dama alemana, tan llena de gracia activa la noche anterior, ahora blanca e inmóvil en la muerte. Junto a ella estaba la doncella francesa, llorando y gesticulando.

— ¡Oh, señora! ¡Si me hubiera dejado quedarme con usted! ¡Oh, el barón, qué dirá!

Y así seguía. Su estado acababa de ser descubierto; se había supuesto que estaba fatigada y durmiendo hasta tarde, hasta unos minutos antes. Se había mandado llamar al médico del pueblo, y el posadero intentaba en vano imponer orden hasta que llegara, bebiendo de cuando en cuando pequeñas copas de coñac y ofreciéndolas a los huéspedes, que estaban todos allí reunidos, de modo muy parecido a los criados en el patio.

Por fin llegó el médico. Todos cedieron el paso y aguardaron las palabras que iban a salir de sus labios.

— Fíjense — dijo el posadero —. Esta señora llegó anoche en la diligencia con su doncella. Sin duda una gran señora, pues tuvo que tener un salón privado...

— Era madame la baronesa de Røeder — dijo la doncella francesa.

— ... y era difícil de complacer en lo de la cena y el dormitorio. Se acostó bien, aunque cansada. Su doncella la dejó...

— Supliqué que me dejara dormir en su cuarto, ya que estábamos en una posada extraña, de cuya reputación no sabíamos nada; pero no me lo permitió, que mi señora era muy gran dama.

— ... y durmió con mis criados — continuó el posadero —. Esta mañana creímos que madame seguía descansando; pero cuando llegaron las ocho, las nueve, las diez, y casi las once, mandé a su doncella que usara mi llave maestra y entrara en su cuarto...

— La puerta no estaba cerrada con llave, solo entornada. Y aquí la encontraron: muerta, ¿verdad, señor médico? Con el rostro hundido en la almohada y su hermoso cabello todo desparramado; nunca quería que se lo recogiera, decía que le daba dolor de cabeza. ¡Qué cabello! — dijo la doncella, levantando un largo mechón dorado y dejándolo caer de nuevo.

Recordé las palabras de Amante la noche anterior, y me acerqué más a ella.

Entre tanto, el médico examinaba el cuerpo bajo la ropa de cama, que el posadero no había consentido hasta entonces en que se descompusiera. El cirujano sacó la mano bañada y manchada de sangre, y sosteniendo en alto un puñal corto y afilado con un trozo de papel sujeto en él, dijo:

—Aquí ha habido violencia. La difunta señora ha sido asesinada. Este puñal fue dirigido directamente a su corazón.

Luego, poniéndose los anteojos, leyó lo escrito en el papel ensangrentado, turbio y horriblemente oscurecido como estaba:

Numéro Un. Ainsi les Chauffeurs se vengent.

—Vámonos —le dije a Amante—. ¡Oh, salgamos de este lugar horrible!

—Espera un poco —dijo ella—. Solo unos minutos más. Será mejor.

De inmediato las voces de todos proclamaron sus sospechas sobre el caballero que había llegado el último la noche anterior. Había hecho, dijeron, tantas preguntas sobre aquella joven señora, cuya conducta altanera todos los del comedor habían estado comentando cuando él entró. Estaban hablando de ella cuando nosotras salimos; él debió de entrar poco después, y no hasta haberse enterado de todo sobre ella había hablado del negocio que obligaba su partida al alba y hecho sus arreglos tanto con el posadero como con el mozo para la posesión de las llaves de la cuadra y el zaguán. En suma, no había duda alguna sobre quién era el asesino, incluso antes de que llegara el funcionario de justicia que había mandado llamar al médico; pero las palabras del papel helaban a todos de terror. Los Chauffeurs, ¿quiénes eran? Nadie lo sabía; algunos de la banda podrían estar incluso en aquel momento en la habitación, escuchando y anotando nuevos objetos de venganza. En Alemania, poco había yo oído hablar de aquella terrible banda, y no había prestado mayor atención a los relatos que una o dos veces se habían mencionado sobre ellos en Carlsruhe que la que uno presta a los cuentos de ogros. Pero aquí, en sus propios dominios, comprendí el alcance pleno del terror que inspiraban. Nadie quería ser legalmente responsable de ningún testimonio que incriminara al asesino. El fiscal se encogía ante los deberes de su cargo. ¿Qué digo? Ni Amante ni yo, conociendo de sobra la culpa real del hombre que había matado a aquella pobre joven señora

dormida, nos atrevíamos a pronunciar una sola palabra. Aparentábamos ignorar por completo todo: nosotras, que tanto habríamos podido decir. Pero ¿cómo podíamos? Estábamos quebrantadas por el terror y la fatiga, con la certeza de que éramos, por encima de todas, las víctimas señaladas; y de que la sangre que goteaba pesadamente de la ropa de cama al suelo goteaba así del pobre cuerpo muerto porque, en vida, ella había sido confundida conmigo.

Por fin Amante se acercó al posadero y pidió permiso para abandonar su posada, haciéndolo todo abierta y humildemente, para no despertar ni mala voluntad ni sospecha. En efecto, la sospecha apuntaba en otra dirección, y él nos dejó marchar de buen grado. Pocos días después estábamos al otro lado del Rin, en Alemania, encaminándonos hacia Fráncfort, pero conservando aún nuestros disfraces y Amante siguiendo con su oficio.

En el camino nos encontramos con un joven, oficial de oficio errante de Heidelberg. Le conocía, aunque no quise que él me reconociera. Le pregunté con la mayor indiferencia que pude cómo estaba el viejo molinero. Me dijo que había muerto. La confirmación de los peores temores a los que me había llevado su largo silencio me conmocionó de manera indecible. Fue como si todo apoyo cediera bajo mis pies. Ese mismo día le había estado hablando a Amante de la seguridad y la paz del hogar que le aguardaba en casa de mi padre; de la gratitud que el anciano sentiría hacia ella; y cómo allí, en aquella morada tranquila, lejos de la terrible tierra de Francia, hallaría reposo y seguridad para todo el resto de su vida. Todo esto creía yo tener que prometer, y aún más había esperado yo misma para mí. Contaba con el alivio de mi corazón y mi conciencia al contárselo todo a mi mejor y más sabio amigo. Contaba con su amor como guía segura y sostén consolador, y, helo aquí, ¡apartado de mí para siempre!

Había salido del cuarto precipitadamente al oír esta triste noticia del joven de Heidelberg. Al poco me siguió Amante:

—Pobre señora —dijo, consolándome lo mejor que podía.

Y luego me fue contando poco a poco lo que más había averiguado sobre mi hogar, del que sabía casi tanto como yo, por mis frecuentes charlas sobre el asunto tanto en Les Rochers como en el triste y penoso camino que habíamos recorrido. Había continuado la conversación después de que yo saliera, preguntando por mi hermano y su esposa. Naturalmente, ellos

seguían en el molino, pero el joven dijo —con qué verdad no lo sé, aunque entonces me lo creí firmemente— que Babette se había impuesto completamente sobre mi hermano, que no veía más que con sus ojos ni oía más que con sus oídos. Y que en los últimos tiempos había corrido mucho chismorro por Heidelberg a propósito de la repentina y estrecha amistad de ella con un gran caballero francés que había aparecido en el molino: un pariente político, casado en efecto con la hermana del molinero, quien, según se decía por todas partes, se había portado de manera abominable e ingrata. Pero eso no era razón para la intimidad tan extrema y repentina de Babette con él, andando por todas partes con el caballero francés; y desde que se fue (como el joven de Heidelberg dijo saber de buena fuente) manteniendo con él una correspondencia constante. Y sin embargo su marido no veía ningún mal en todo ello, al parecer; aunque, a decir verdad, estaba tan abatido, entre la muerte de su padre y las noticias de la infamia de su hermana, que apenas sabía cómo mantenerse en pie.

—Ahora bien —dijo Amante—, todo esto prueba que monsieur de la Tourelle ha sospechado que madame volvería al nido donde fue criada, y que ha ido allí y ha comprobado que madame aún no ha regresado; pero probablemente sigue creyendo que lo hará, y en consecuencia ha puesto a su cuñada como una especie de informante. Madame ha dicho que su cuñada no le profesaba una simpatía excesiva; y la historia difamatoria con que él se nos ha adelantado en propagar no tenderá a aumentar el favor con que su cuñada la considera. Sin duda el asesino retrocedía sobre sus pasos cuando nos lo encontramos cerca de Forbach, y habiendo oído hablar de la pobre señora alemana, con su doncella francesa y su bonita tez rubia, fue tras ella. Si madame quiere dejarse guiar todavía por mí —y se lo ruego, mi niña, que me siga teniendo confianza —dijo Amante, saliendo de su formalidad respetuosa hacia un modo de hablar más natural en quienes habían compartido y escapado de peligros comunes; más natural también donde quien hablaba era consciente de un poder de protección que la otra no poseía—, iremos a Fráncfort y nos perderemos, al menos por un tiempo, entre el gentío que llena una gran ciudad; y madame me ha dicho que Fráncfort es una gran ciudad. Seguiremos siendo marido y mujer; alquilaremos un pequeño piso, y madame llevará la casa y vivirá puertas adentro. Yo, que soy la más resistente y la más avispada, continuaré con el oficio de mi padre y buscaré trabajo en las tiendas de sastres.

No se me ocurría ningún plan mejor, y seguimos este. En una calle trasera de Fráncfort encontramos dos cuartos amueblados para alquilar en un sexto piso. El que se entraba primero no tenía ninguna luz natural; una lámpara sucia oscilaba perpetuamente en el techo, y de ella, o de la puerta abierta que daba al dormitorio al fondo, venía nuestra única luz. El dormitorio era más alegre, pero muy pequeño. Tal como era, sobrepasaba casi nuestros escasos medios. El dinero de la venta de mi sortija estaba casi agotado, y Amante era una desconocida en el lugar, hablando solo francés, y los buenos alemanes estaban odiando a los franceses de todo corazón. Sin embargo, salimos mejor de lo que esperábamos, y logramos incluso ahorrar algo de cara al tiempo de mi parto. Yo no salía nunca, y no veía a nadie, y la falta de conocimiento del alemán de Amante la mantenía en un relativo aislamiento.

Por fin nació mi hijo: mi pobre criatura que carecía de padre, o algo peor. Era una niña, como yo había rezado para que fuera. Había temido que un niño pudiera tener algo de la naturaleza de tigre de su padre, pero una niña me parecía toda mía. Y sin embargo no del todo mía, pues el deleite y el orgullo de la fiel Amante en la criatura casi superaba al mío; en el aspecto exterior, desde luego, lo superaba.

No habíamos podido permitirnos ninguna otra asistencia que la de una partera vecina, que venía con frecuencia trayendo su caudal de chismorreos y cuentos extraordinarios sacados de su propia experiencia cada vez. Un día empezó a hablarme de una gran señora en cuyo servicio había estado su hija como fregona, o algo por el estilo. ¡Una señora tan hermosa! ¡Con un marido tan apuesto! Pero el dolor llega al palacio lo mismo que a la guardilla, y por qué ni cómo nadie lo sabía, pero de algún modo el barón de Røeder debía de haberse granjeado la venganza de los terribles Chauffeurs; pues pocos meses atrás, cuando madame iba a visitar a sus parientes en Alsacia, fue apuñalada hasta morir mientras dormía en la cama de alguna posada del camino. ¿No lo había visto yo en la Gaceta? ¿No lo había oído? Pues le habían dicho que hasta tan lejos como Lyon había carteles de parte del barón de Røeder ofreciendo una gran recompensa por información sobre el asesino de su esposa. Pero nadie podía ayudarle, pues todos los que podían dar testimonio tenían tanto terror de los Chauffeurs; eran cientos, le habían dicho, ricos y pobres, grandes señores y campesinos, todos aliados por juramentos terribísimos de cazar hasta la muerte a cualquiera que diera testi-

monio contra ellos; de modo que incluso los que sobrevivían a las torturas a que los Chauffeurs sometían a muchas de las personas que saqueaban, no se atrevían a reconocerlos de nuevo, no se atreverían aunque los vieran en el banquillo de un tribunal; pues si uno era condenado, ¿no había cientos jurados a vengar su muerte?

Le conté todo esto a Amante, y empezamos a temer que si monsieur de la Tourelle, o Lefebvre, o cualquiera de la banda de Les Rochers había visto esos carteles, sabrían que la pobre señora apuñalada por el primero era la baronesa de Røeder, y que volverían a lanzarse en mi búsqueda.

Este nuevo sobresalto hizo mella en mi salud y retrasó mi recuperación. Teníamos tan poco dinero que no podíamos llamar a un médico de práctica establecida. Pero Amante encontró a un joven doctor para quien, en efecto, había trabajado alguna vez; y ofreciéndole pagarle en especie, lo trajo a verme, a su esposa enferma. Era muy gentil y reflexivo, aunque, como nosotras mismas, muy pobre. Pero dedicó mucho tiempo y consideración al caso, diciéndole una vez a Amante que veía que mi constitución había sufrido alguna sacudida grave de la que era probable que mis nervios no se recuperaran del todo nunca. Más adelante nombraré a este doctor, y entonces comprenderás, mejor de lo que yo puedo describir, su carácter.

Con el tiempo fui cobrando fuerzas: al menos más fuerzas. Podía trabajar un poco en casa y tomar el sol con mi hija en la ventana del desván en el tejado. Era todo el aire que me atrevía a tomar. Llevaba constantemente el disfraz que había adoptado al principio; y constantemente había ido renovando el tinte desfigurador que cambiaba mi pelo y mi tez. Pero el perpetuo estado de terror en que había vivido durante todos los meses que siguieron a mi huida de Les Rochers me hacía aborrecer la idea de volver a andar jamás a plena luz del día, expuesta a las miradas y el reconocimiento de cualquier transeúnte. En vano razonaba Amante, en vano instaba el médico. Dócil en todo lo demás, en esto era yo obstinada. No saldría. Un día Amante regresó del trabajo llena de novedades: parte buenas, parte tales que nos causaban aprensión. La buena noticia era que el maestro para quien trabajaba como oficial la enviaba con otros a una gran casa al otro lado de Fráncfort, donde iba a haber teatro privado, y donde se necesitarían muchos vestidos nuevos y muchas reformas de los viejos. Los sastres empleados debían quedarse todos en aquella casa hasta que terminara la función, pues estaba a cierta

distancia de la ciudad y nadie podía saber cuándo acabaría el trabajo. Pero el pago sería proporcionalmente bueno.

La otra cosa que tenía que decirme era esta: ese día se había encontrado con el joyero ambulante al que ella y yo habíamos vendido mi sortija. Era bastante peculiar, regalada por mi marido; habíamos sentido en su momento que podía ser el medio de rastrearnos, pero estábamos sin un céntimo y muriéndonos de hambre, ¿qué otra cosa podíamos hacer? Había visto que aquel francés la había reconocido en el mismo instante que ella a él, y pensó al mismo tiempo que en su semblante había un brillo de inteligencia más que ordinaria al hacerlo. Esta idea se había confirmado porque la siguió durante un buen trecho por el otro lado de la calle; pero ella le había dado esquinazo gracias al mejor conocimiento que tenía de la ciudad y a la creciente oscuridad de la noche. En todo caso era bueno que al día siguiente fuera a alejarse tanto de nuestra vivienda; y me había traído una reserva de provisiones, rogándome que me quedara en casa, con una extraña y temerosa olvido del hecho de que desde que entré en aquella casa nunca había puesto el pie más allá del umbral: casi no me había atrevido a bajar las escaleras. Pero aunque mi pobre, mi querida, mi muy fiel Amante era como una poseída aquella última noche, no dejaba de hablar de los muertos, lo cual es mal presagio para los vivos. Te besó a ti: sí, a ti, hija mía, mi tesoro, a quien llevé bajo mi seno lejos del aterrador castillo de tu padre — le llamo así por primera vez, tengo que llamarle así una vez más antes de haber terminado—. Amante te besó, dulce criatura, pequeño consuelo, como si nunca pudiera acabar. Y luego se fue, con vida.

Pasaron dos días, tres días. Aquella tercera noche yo estaba sentada dentro de mis puertas atrancadas —tú dormida sobre tu almohada a mi lado— cuando unos pasos subieron la escalera, y supe que tenían que ser para mí; pues los nuestros eran los cuartos más altos. Alguien llamó; contuve incluso la respiración. Pero alguien habló, y reconocí que era el bueno del doctor Voss. Entonces me arrastré hasta la puerta y respondí.

—¿Está sola? —preguntó.

—Sí —dijo él, en voz aún más baja—. Déjeme entrar.

Le dejé entrar, y él fue tan diligente como yo en echar los cerrojos y las barras de la puerta. Luego vino y me contó en susurros su dolorosa historia. Venía del hospital del barrio opuesto de la ciudad, el hospital que visitaba;

debería haber estado conmigo antes, pero había temido que le siguieran. Venía del lecho de muerte de Amante. Sus temores sobre el joyero habían tenido demasiado fundamento. Aquella misma mañana había salido de la casa donde trabajaba para hacer algún recado de su trabajo en la ciudad; debían de haberla seguido y acechado en su camino de vuelta por solitarios senderos del bosque, pues algunos guardas del bosque pertenecientes a la gran casa la habían encontrado tendida allí, apuñalada hasta la muerte pero no muerta; con el puñal hundido de nuevo a través del escrito fatal, una vez más; pero esta vez con la palabra «Un» subrayada para dar a entender que el asesino era consciente de su error anterior.

Número Un. Ainsi les Chauffeurs se vengent.

La habían llevado a la casa y le habían dado reconfortantes hasta que recobró el débil uso de la palabra. Pero, ¡oh, fiel, querida amiga y hermana! Incluso entonces se acordó de mí, y se negó a decir —lo que ninguno de sus compañeros de trabajo sabía— dónde vivía o con quién. La vida se le escapaba rápidamente, y no les quedó más recurso que llevarla al hospital más próximo, donde, naturalmente, se reveló el hecho de su sexo. Afortunadamente tanto para ella como para mí, el médico de guardia era el mismísimo doctor Voss que ya conocíamos. A él, mientras esperaba a su confesor, le contó lo suficiente para que pudiera comprender la situación en que me dejaba; antes de que el sacerdote hubiera oído la mitad de su relato, Amante había muerto.

El doctor Voss me dijo que había dado toda clase de rodeos, y esperado así, hasta tarde en la noche, por temor a ser vigilado y seguido. Pero no creo que lo fuera. En todo caso, como supe después por él, el barón de Røeder, al enterarse de la similitud de este asesinato con el de su esposa en todos sus detalles, hizo tal batida en pos de los asesinos que, aunque no fueron descubiertos, se vieron obligados a ponerse en fuga por el momento.

Apenas puedo contarte ahora con qué argumentos el doctor Voss, al principio simplemente mi bienhechor, compartiendo conmigo una parte de su modesto sustento, acabó por persuadirme a convertirme en su esposa. Su esposa lo llamó él, su esposa lo llamé yo; pues pasamos también por la ceremonia religiosa demasiado poco respetada en aquel tiempo, y como éramos ambos luteranos, y monsieur de la Tourelle había fingido ser de la religión reformada, un divorcio de este último habría sido fácilmente

obtenible por la ley alemana, tanto eclesiástica como civil, si hubiéramos podido citar a tan terrible hombre ante ningún tribunal.

El buen doctor me llevó a mí y a mi hija de contrabando a su modesta vivienda; y allí viví en el mismo profundo retiro, sin ver nunca la plena luz del día, aunque cuando el tinte hubo pasado de mi rostro, mi marido no deseó que lo renovara. No era necesario: mi cabello rubio había encanecido, mi tez era cenicienta; ninguna criatura habría podido reconocer en mí a la joven de tez fresca y cabellos brillantes de dieciocho meses antes. Las pocas personas que me veían me conocían solo como madame Voss: una viuda bastante mayor que él, con quien el doctor Voss se había casado en secreto. Me llamaban la Mujer Gris.

Me hizo darte su apellido. Hasta ahora no has conocido otro padre: mientras él vivió no necesitaste el amor de ningún padre. Una sola vez, una sola vez más, volvió a apoderarse de mí el viejo terror. Por alguna razón que no recuerdo, rompí mi costumbre habitual y me acerqué a la ventana de mi habitación por algún motivo, ya fuera para cerrarla o para abrirla. Mirando un instante a la calle, quedé hechizada por la visión de monsieur de la Tourelle, elegante, joven, apuesto como siempre, que paseaba por el lado opuesto de la acera. El ruido que hice con la ventana le hizo levantar la vista; me vio, a una mujer vieja y gris, y no me reconoció. Y sin embargo no habían pasado tres años desde que nos separamos, y sus ojos eran agudos y terribles como los del lince.

Se lo conté al señor Voss cuando volvió a casa, e intentó animarme, pero la sacudida de ver a monsieur de la Tourelle había sido demasiado terrible para mí. Estuve enferma durante largos meses después.

Una vez más le vi. Muerto. Él y Lefebvre fueron por fin capturados; cazados por el barón de Røeder en alguno de sus crímenes. El doctor Voss se había enterado de su detención, su condena, su muerte; pero no me dijo ni una palabra hasta que un día me pidió que le demostrara mi amor con la obediencia y la confianza. Me llevó en un largo viaje en carruaje, adónde no lo sé, pues nunca volvimos a hablar de aquel día; me condujeron por una prisión hasta un patio cerrado, donde, decentemente envuelto en los últimos ropajes de la muerte, que ocultaban las huellas de la decapitación, yacía monsieur de la Tourelle y dos o tres más a quienes había conocido en Les Rochers.

Después de aquella condena, el doctor Voss trató de persuadirme a llevar un modo de vida más natural y a salir más. Pero aunque a veces cedí a su deseo, el viejo terror nunca dejaba de pesarme con fuerza, y él, viendo qué esfuerzo me suponía, acabó por dejar de urgirme.

Ya sabes el resto. Cómo los dos lloramos amargamente la pérdida de aquel querido marido y padre: pues así le llamaré siempre, y así debes considerarle tú, hija mía, después de que esta única revelación haya concluido.

¿Por qué se hace?, preguntas. Por esta razón, hija mía. El pretendiente a quien solo conocías como monsieur Lebrun, un artista francés, me dijo ayer su verdadero nombre, abandonado porque los sanguinarios republicanos podrían considerarlo demasiado aristocrático. Es Maurice de Poissy.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**